DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

CON MOTIVO DE LA RECEPCION PÚBLICA

DEL ILMO. SR. D. MIGUEL SANZ Y LAFUENTE,

en 27 de Mayo de 1860.



MADRID.--1860.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Rafael Ludeña,
Leganitos, núm. 47.



3.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

CON MOTIVO DE LA RECEPCION PÚBLICA

DEL ILMO. SR. D. MIGUEL SANZ Y LAFUENTE,

en 27 de Mayo de 1860.



MADRID:—1860.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Rafael Ludeña,
Leganitos, núm. 47.

DISCURSO DEL SR. D. MIGUEL SANZ.

Señores:

Difícil empeño es dirigir la palabra á un concurso tan ilustre y venerando: es empresa colosal, si hubiera de llevarse á cabo con la dignidad que reclama la imponente presencia de varones tan esclarecidos; pero si tan árdua es la tarea, y el desempeño de gigantes, ¿cómo tiene un pigmeo la audacia de aceptarlo?

¿Audebis ne præcor doctæ subjecta catervæ
Inter tot proceres, parva Minerva, loqui?

Yo no puedo ciertamente en esta ocasion solemne ofrecer una prueba de erudicion y de talento, como la hubiera dado en su caso mi digno antecesor, el sábio, el erudito Señor Don Juan de Cueto, por cuyo sentido fallecimiento ha tenido á bien la Real Academia admitirme en su seno, dispensándome en ello un honor que me confunde.

Pero aunque conozco bien á fondo la exigüidad de mi

mérito, una consideracion me alienta, la grandeza propia de vuestro elevado rango, y la indulgencia que siempre distingue á las almas generosas. Es lo único que puede hoy vigorizar mis potencias, agrandar mi fantasía, y estimularme á cumplir, como me sea posible, la disposicion del Reglamento.

Entre los varios objetos que en el extenso círculo de las ciencias morales y políticas se me han ofrecido para disertar en este dia, he aceptado la tésis siguiente.—«La moral cristiana ha sido el poderoso elemento de nuestra civilizacion: la moral filosófica, por sí sola, era impotente.»

Conocido es el cuadro sombrío de la antigua sociedad, en cuyo seno vino á nacer el Cristianismo. Cubierta de bellas apariencias, ofrecia la imágen de la corrupcion más hedionda; la moral sin cimiento, las pasiones sin freno, sin correctivo el amor propio, las costumbres sin pudor, la propiedad sin garantía, los derechos sin apoyo, las leyes sin sancion, sin vínculos la familia, sin dignidad el individuo, sin fuerza la autoridad, y las ideas flotantes á merced del fanatismo. Las grandes nociones de Dios, de una Providencia vigilante, de una misericordia consoladora, de una justicia futura, eran un abismo de tinieblas. La falta de respeto al hombre como tal, era absoluta: el individuo estaba aniquilado ante el poder aterrador que se decia representar á la sociedad: las dos terceras partes de ella se hallaban acorraladas bajo el látigo sangriento de la esclavitud: la sangre humana corria á torrentes para embriagar de placer á la sociedad más culta en repugnantes espectáculos: los niños eran caprichosamente sacrificados, las jóvenes impunemente violadas, los deberes de la union conyugal desconocidos, y los desgraciados de ambos sexos no hallaban asilo en parte alguna: la humildad, el desprendimiento, la abnegacion, la mansedumbre, la templanza, la caridad, la pobreza voluntaria, la continencia, y el perdon de las injurias, interesantísimos elementos para la vida social, eran objetos tan desconocidos, que ni aun tenian nombre en el lenguaje.

Esto era general en el mundo conocido; pero traladémonos al centro de aquella sociedad, en los tiempos de Nerón y de Tiberio; porque este es el verdadero punto de vista para contemplar la aurora del Cristianismo.

Por aquel tiempo, en un rincon de la Palestina, en la concavidad de un peñasco cae del Cielo una gota de agua, de que apénas pudiera beber un pájaro; pero que convertida despues en asombroso torrente, se habia de abrir en el orbe un cauce inmenso. Nace en la oscuridad de un establo el que habia de sacar al mundo entero de las tinieblas del error; crece en el pobre hogar de una familia desvalida, y llegado el tiempo de llenar su alta mision, recorre humilde los pueblos de Judea, y dá lecciones de una sabiduría hasta entónces desconocida; rectifica las ideas todas; dá una nocion altísima de Dios y de sus inefables atributos, que en tan íntima relacion están con la moral; muestra la accion de la Providencia en todas las vicisitudes de la vida, la misericordia siempre dispuesta á tender al caido una mano protectora, y la espada de la Justicia Divina alzada para caer sobre la cabeza de criminales protervos. Traza en rededor del individuo, de la familia y de la sociedad el círculo de deberes inviolables; rompe las cadenas de la esclavitud, eleva á la esfera de hombres é hijos de Dios á los esclavos, que pudieron ya levantar la frente con dignidad, y decir lo que ántes parecia exclusivamente destinado á los arranques de un vate:

> *«Os homini sublime dedit, cœlumque tueri*
> *Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.»*

Realza á la mujer y la saca de su condicion abyecta: restituye el matrimonio á su pureza primitiva: enseña á los padres, á los hijos, á los amos y criados sus deberes respectivos: fortifica los vínculos de la familia y de la sociedad, y une al género humano en un espíritu de amor universal: enseña de palabra y con su ejemplo la abnegacion, la humildad, el

desprendimiento, la paciencia, la caridad y demas grandes virtudes: combate el sensualismo, la codicia, la soberbia, la ambicion y demas pasiones humanas, que tantas lágrimas y tanta sangre han costado al mundo antiguo y al moderno: ataca sin descanso al *yo* humano, á ese *yo* mezquino y anti-social, orígen de tantos males. Y no se limita á las acciones exteriores, no se para en la superficie; pasa más allá, penetra en los arcanos del corazon, á donde no alcanzan ni la filosofía ni la ley, y prohibe hasta el deseo de obrar mal y el pensamiento que á el conduce. Para enfrenar mejor el amor propio, enseña la necesidad de hacerse el hombre violencia á sí mismo, si ha de obtener el lauro de la inmortalidad; no admite como discípulo á quien no tome sobre sí la cruz de la mortificacion y á quien no esté dispuesto á desprenderse de lo propio en beneficio de los pobres.

Y véase aquí un fenómeno que no me sabrá explicar la crítica; el triunfo casi instantáneo de una doctrina tan dura sobre antiguas creencias que, léjos de reprimir, secundaban las pasiones, que santificaban la ambicion en los poderosos, la avaricia de los ricos, el orgullo de los sábios y las exigencias de la sensualidad. Este triunfo, obtenido por doce pobres rústicos salidos de las playas de Genesaret, luchando ellos solos contra todo el poder del mundo, contra el imperio de las pasiones, contra la fuerza del error, contra los instintos de la plebe, contra el ingenio de los sábios, contra la elocuencia de los oradores, contra el influjo de los ricos y contra el poder de los Césares; este triunfo, repito, es un prodigio... Pero sigamos.

La Iglesia continuó el propósito de civilizar al mundo, y muy luego se presenta otro fenómeno fecundo en resultados. Recordemos la época en que los hijos del Aquilon, salidos de las selvas, se arrojaron sobre el Mediodia como se arroja sobre su presa el leon de los desiertos: vedlos precedidos de sus feroces caudillos destrozar legiones, saltar trincheras, salvar los fosos, escalar murallas, arrasar los bosques, talar

campiñas, incendiar ciudades y llevar delante de sí numerosos pelotones de fugitivos, sobrecogidos de espanto: vedlos un momento despues engreidos con la victoria, endurecidos en el combate, enriquecidos con el botin y saboreándose con el porvenir de nuevas aventuras: muertos los principales caudillos, confundidas las familias, mezcladas las razas, perdidos los antiguos hábitos, rotas todas las trabas que reprimian su fiereza, sin sujecion á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre, sin vínculo social de ningun género: vedlos mezclados con las naciones vencidas, y continuar sin embargo en pugna feroz, anegándose todos, vencedores y vencidos, en un piélago de sangre.

La Europa presentaba entónces el cuadro más negro que pueden ofrecer los fastos de las calamidades humanas. No era una sociedad en desórden: no un conjunto de naciones en revolucion: no una arena donde lidian ejércitos contra ejércitos, partidos contra partidos, leyes contra leyes: era una mezcla confusa de barbárie y de civilizacion, de grosería y de cultura, de rudeza y de saber: eran las razas mezcladas con las razas, en guerra al parecer inacabable, rechazándose entre sí, como las oleadas en el furor de la tormenta. El mundo parecia tocar á su término... Pero la Providencia habia preparado el remedio, arraigando de antemano el Cristianismo. Tenia éste en sus libros y tradiciones el depósito de la sabiduría, y en su moral un elemento de reorganizacion. Acomete pues esta empresa gigantesca, y trata de conquistar á los mismos conquistadores. Desenvuelve á sus ojos la doctrina de los libros santos, y aquellos cuadros magníficos donde brilla en toda su ostentacion la pompa de las costumbres orientales: y miéntras una crueldad brutal sigue amontonando por do quiera víctimas y ruinas, la Iglesia inspira lentamente la mansedumbre, la justicia, la caridad y la ternura, ora haciendo resonar los robustos acentos del arpa de David y los plañidos de Sion, ora la formidable trompa de los Profetas que truenan en nombre de Dios, y amenazan

con sus iras al injusto, al cruel, al opresor, al inhumano y al criminal de cualquier rango.

La idea de Dios se habia oscurecido; pero la Iglesia la presenta grande y luminosa. Ya no era Dios una pasion divinizada: no un emblema que simbolizase la fecundidad de la tierra, ni el exagerado retrato de un conquistador: era un Sér infinito, cuya palabra crió el mundo, y cuya sabiduría le gobierna: era el Sér de la pujanza, que estremece con su voz el Orbe, y recorre su circunferencia sobre la tempestad y el torbellino: era el mismo que hablando en los libros santos, hace que enmudezca la ciencia del mortal: retumba la voz del Cielo, y la tierra tiembla y calla: el númen de la persuasion está sentado en los lábios del Profeta, y cuando habla el inspirado, es su palabra el rayo, es la ira de Dios que toca los montes y humean, y que enviando su aliento abrasador sobre los imperios de la tierra, los devora como una paja: que manda y es obedecido: á los hombres, que se postren; á los siglos, que marchen; á los astros, que hagan alto; á los destinos, que se cumplan. Á esta idea de Dios, que el Cristianismo inspira á los bárbaros invasores, añade otra muy capital, la del hombre hasta entónces envilecido. No era ya un sér abyecto y degradado, sino una criatura sobre quien estaban siempre fijas las miradas del Excelso. La sociedad, arena ensangrentada, donde unas manadas de esclavos degollaban á las otras, era representada por la moral cristiana como una reunion esencialmente pacífica, unida con fuertes lazos que arrancan del Trono mismo de Dios, regida por la justicia, endulzada por el amor, y encaminada al bienestar de los hombres todos, cualquiera que sea su condicion. Para que nada faltase, mostraba la Iglesia el tipo de una sociedad perfecta, donde se realizaba en la práctica lo que se habia enseñado en teoría; un poder fuerte sin despotismo, y suave sin debilidad: una administracion rígida, pero sin opresion y sin violencia: leyes recomendables, preñadas de sabiduría, acomodadas á la variedad de los tiempos, y templadas con una

indulgencia razonable; pero dotadas de la firmeza necesaria para poner un dique á las pasiones: hé aquí el tipo de sociedad ofrecido por la Iglesia con su doctrina moral expuesta con brio generoso en aquellas terribles circunstancias, como lo observa un gran filósofo moderno.

Sentados estos hechos, que nadie niega, se vé claro que todas las semillas de civilizacion estuvieron entónces encerradas en manos del Cristianismo, y que desarrollándose despues bajo la accion perseverante de la Iglesia, produjeron de seguro esa civilizacion lozana que tal entusiasmo nos inspira. El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, y con un gran caudal de accion y de energía: la mujer elevada al rango de compañera del hombre: la blandura y la firmeza á un mismo tiempo en los lazos de familia: poderosas garantías de órden y justicia: una admirable opinion pública, rica de sublimes máximas morales: una conciencia general recta é inmutable, que sobrevive al naufragio de la moral privada: cierta suavidad de costumbres que en tiempos de guerra evita grandes catástrofes, y en los de paz hace la vida más dulce y apacible: un respeto profundo al hombre y su propiedad, y que sirve de freno á los particulares y á los imperantes en cualquiera forma de gobierno: un secreto impulso á compadecer el infortunio y socorrer al desvalido: hé aquí los grandes caractéres que distinguen á la civilizacion nacida del Cristianismo, como los describe, aunque con más extension y formas más gallardas, un sábio contemporáneo.

Pero se me dirá: «son tan claras las máximas de la moral, que la filosofía pudo y puede comprenderlas por sí sola.» Y cuando esto se dice, no se advierte que esos principios morales que tan óbvios nos parecen, y que á nuestro modo de ver han nacido con nosotros, no se desarrollaron sino por la influencia del Evangelio. Creemos adquirido por nuestro propio esfuerzo lo que se nos viene enseñando desde que abrimos los ojos á la luz. La moral evangélica se halla de tal modo asimilada con nuestra propia existencia, que hacer

abstraccion de aquella, seria aniquilarnos: todo cuanto vemos, palpamos y somos desde la cuna, es obra exclusivamente suya. Rousseau dice textualmente: «No sé por qué se quiere atribuir á la filosofía la bella moral de nuestros libros: esta moral sacada del Evangelio era cristiana ántes de llamarse filosófica.» *Letres ecrites de la Montagne.*

Pero no se encuentra la moral evangélica tan sólo en los libros santos: respira en todas nuestras instituciones sociales, en nuestros Códigos, en nuestras costumbres, en las ciencias y en las artes, hasta en las fisonomías y en los caprichos y creaciones del hombre de diez y ocho siglos á esta parte. Los más violentos enemigos del Cristianismo están empapados en ella, sin apercibirse de verdad tan evidente. Podemos decir de la moral cristiana, lo que decia el Apóstol dirigiéndose al Areopago: *In eo vivimus, movemur et sumus.* Pero aquí está precisamente la causa de nuestra indiferencia: el hábito del beneficio nos ha hecho desconocer su valor: nos hemos aclimatado con él, hasta confundirlo con nuestra propia naturaleza: y en medio del orgullo que esta posesion nos inspira, la razon fascinada acaba por creer que ella la ha conquistado, ó podria por sí sola conquistarla, dando en ello claro testimonio de una ligereza reprensible, ó de una ingratitud negra y repugnante. Los principios universalísimos, es cierto, están grabados en el fondo de nuestro corazon por la mano del Eterno; pero en cuanto á sus deducciones, próximas ó remotas, el hombre ha venido siempre errando, hasta que tomó por guia el Evangelio. Ademas: la superficialidad de ciertos hombres no ha llegado á comprender en sus numerosos detalles las bellezas de la moral cristiana: y no es extraño: habituados los hombres desde la infancia á ver salir y ponerse el astro del dia, pasan una larga vida y mueren sin haber estudiado una sola vez el espectáculo de la luz; atravesando, sin advertirlo, este mundo de prodigios: tal es nuestra conducta respecto de la moral cristiana y sus innumerables perfecciones. Para apreciarla en lo que vale, seria necesario prescindir

de lo que de ella hemos aprendido, y esto es imposible: seria necesario resucitar en torno nuestro aquella profunda noche en que estaba envuelto el mundo de los antiguos filósofos ántes de aparecer la luz del Evangelio: y á esto no alcanzan los recursos de la inteligencia.

Los que ponderan el poder de la filósofía para crear una civilizacion estable, no advierten la innegable verdad de un hecho histórico, á saber: que jamas la ciencia fundó una sociedad, ni fué nunca bastante para restablecer el equilibrio perdido.

Para civilizar al hombre es preciso arraigar en su entendimiento ideas que, reprimiendo los perniciosos instintos del amor propio, lo hagan á propósito para la vida social, y en su corazon la conciencia del deber, la esperanza de una recompensa segura, y el temor de penas que no podrá eludir en la vida ni en la muerte; porque, sabido es, los grandes móviles del corazon son el placer y el dolor; el hombre originariamente lo hace todo con relacion á sí mismo, y los rasgos más pronunciados de su interes por el prójimo son, de seguro, la aplicacion del amor propio, que, bien dirigido, puede ser fecundo en resultados. Ahora bien: la filosofía no puede arraigar aquellas ideas en los pueblos, pues saben que el filósofo es hombre, y que como tal puede engañarse ó engañarlos; y los medios que emplea para mover el corazon carecen ciertamente de eficacia; contener al individuo por la consideracion del bien comun, es imposible en la mayor parte de los casos. Suponed á un hombre dominado por el amor, parecido con frecuencia al frenesí de un delirante, que ora divaga en un ambiente embalsamado de aromas, ora se agita convulsivo en las ansias de la agonía; suponed en este hombre ó en esa mujer, como sucede casi siempre, exaltada la fantasía, hirviendo el corazon, perturbada la cabeza y sojuzgada el alma entera... ¿Os parece que la fria consideracion filosófica de la conveniencia social podrá apagar la llama que le devora? Lo propio sucede con todas las pasiones y

con las exigencias del interes privado; nunca ceden ante la sola consideracion del bien procomunal. La Religion busca en solo Dios el medio de reprimirlas. Ademas de que la filosofía en sus medios de accion camina sobre un supuesto evidentemente equivocado; supone esclarecida y fuerte la razon y en calma las pasiones; pero es todo al contrario: la razon está débil y oscurecida, y las pasiones en la plenitud de una fuerza perseverante y enérgica. ¿Cómo pues la filosofía podrá crear ó conservar la sociedad, si comienza por desconocer el orígen de los desórdenes que la perturban y aniquilan?

Cuando se ponderan los recursos de la moral filosófica, no se advierte que desde la creacion del mundo hasta los tiempos evangélicos, parece que ya era tiempo de que la razon hubiese llegado á una madurez perfecta; y léjos de eso, nadie ignora el estado de la moral entre los griegos y romanos, y en las demas épocas de la historia anterior á Jesucristo. Dominaba un politeismo insensato, que en vez de dar lecciones de virtud, autorizaba los vicios todos con el ejemplo de sus dioses. Teníanse por laudables los combates de los gladiadores, la intemperancia, el amor impuro, el parricidio, el aborto, el fraude, la crueldad y la perfidia. La moral de los Egipcios, de los Indios, de los Persas, de los Chinos, no era más razonable que la de los Griegos y Romanos: la de los Galos y pueblos septentrionales sólo les inspiraba ideas de furor guerrero, y casi en todas partes se hacian sacrificios de sangre humana como parte esencial del culto. Los filósofos deliraron del mismo modo que los pueblos; pero sea dicho en obsequio de la justicia, los filósofos reconocieron su impotencia para descubrir y fijar los principios de la moral y sus numerosas consecuencias. Platon en el *Epinomis* dice: «No es posible á los hombres por sí solos adquirir nociones fijas sobre la moral.» Sócrates dijo: «No ha venido aún quien nos instruya de qué modo debemos portarnos con Dios y con los hombres.» El mismo en el libro 4.° de las *Leyes* añade: «Es preciso esperar del Cielo un guia que nos instruya en la moral.» Ciceron

en sus Tusculanas dice: que «es negocio exclusivo de Dios el declarar cuál de las opiniones filosóficas es más conforme á la verdad.» Simplicio en el Manual de Epitecto dice: que «sólo Dios puede enseñarnos el modo de hacérnosle propició.» Marco Aurelio, Meliso de Samos, Porfirio y todos los estóicos opinaron del mismo modo y confesaron modestamente su impotencia.

Pero ¿y las leyes no podrian suplir á la moral cristiana? No. Las leyes han de fundarse en una moral preexistente y estable. Sin ella son inútiles, como dice Ciceron. Ademas, ¿quién ignora lo mucho de injusto, de perjudicial y aun absurdo que entrañaban las antiguas legislaciones en pueblos muy cultos ántes de la aparicion del Cristianismo? Mas ¡y el derecho romano! ¡y esa legislacion, ante cuyo mérito los críticos han sellado sus lábios y doblado su rodilla! ¡Esa legislacion que en medio de tantos escombros queda en pié como la pirámide en las vastas soledades del Egipto!... Todo es cierto; pero sobre que el derecho romano no carece de lunares, ¿quién negará que la moral revelada tuvo una gran parte en aquella jurisprudencia? En tiempo de los Emperadores cristianos no cabe duda: y es tambien indudable que el Derecho Romano, tal cual le tenemos, viene á ser, casi todo, un producto de siglos posteriores al Evangelio, y que los Jurisconsultos más afamados, cuyas sentencias forman una gran parte del derecho, vivieron mucho despues que Jesucristo; y observaré ademas, que por ser paganos los Emperadores no se infiere que la moral cristiana dejase de ejercer influencia en sus disposiciones legislativas. El número de los cristianos era ya inmenso por todos los ángulos del Imperio; desde el primer siglo se habian escrito apologías del Cristianismo, con un gran caudal de sabiduría y de elocuencia: los principios de la moral evangélica venian proclamándose, y su influjo en la legislacion era ya de todo punto inevitable.

Respecto á las leyes penales con que algunos creen podria suplirse á la moral religiosa, diré: que los astutos las eluden,

que los poderosos las desprecian, que hay infinidad de acciones perjudicialísimas á la sociedad que carecen de sancion penal, y que éstas quedan frecuentemente impunes.

Ademas ninguna sociedad puede castigar todos los vicios, ni remunerar todas las obras de virtud; el interes la degrada, y la hipocresía sabe remedarla. Y si á esto se añaden la ignorancia, las prevenciones y la injusticia de los que hayan de premiar el mérito... ¿qué eficacia podrá tener por sí sola una ley de recompensas? Lá justicia de Arístides fué premiada con el ostracismo, y con la cicuta Sócrates por su loable franqueza. Estos ejemplos se vienen repitiendo en el mundo entero con demasiada frecuencia.

Mas la ciencia y las leyes que en otro tiempo no pudieron suplir á la moral evangélica, ¿podrian hacerlo en nuestros dias? Seria intempestiva la pregunta despues de las consideraciones expuestas, sino se hubiera dicho que en el *actual progreso humano* y en los *notorios adelantos de las ciencias todas* viene embebida la *perfeccion de la moral*. Pero sobre que los tiempos de Augusto, los más distinguidos por su ciencia, no fueron ciertamente los más morigerados, yo niego el *actual progreso humano*. No faltará quien escandalizado me diga: ¡temerario! ¿No ves ese hilo que lleva el pensamiento del hombre de un extremo á otro del globo, con la rapidez de la sensacion: esa inmensa red de vias férreas: esa sorprendente facilidad de los viajes y trasportes: esa poblacion iluminada de noche con resplandores que dejan pasmado al dia? Todo lo veo y lo admiro; mas esto no es el *progreso humano*: es solamente el desarrollo de los intereses materiales y el aumento de ciertos goces. La dominacion creciente sobre la naturaleza física es un adelanto; pero el hombre perfeccionando la materia puede llegar á ser su esclavo, rebajarse en el órden moral, y perder ó desvirtuar por completo los elementos sociales. Yo no me quejo de estos adelantos, sino de la preferencia que inconsideradamente se les dá sobre otros objetos de interes más capital, como que de ellos depende la

existencia misma de la sociedad. Contemplo la humana naturaleza, y descubriendo en ella tantas magnificencias impalpables, tantas bellezas inmateriales, me lamento de que las verdaderas glorias del hombre se vean humilladas ó desaparezcan ante la glorificacion de la materia: y preveo que esa importancia exclusiva que se dá á los goces y al interes material, hará, á no dudarlo, que la moral experimente una depresion inevitable: hará que se rompa el equilibrio entre los elementos de la vida social, preponderando la parte física sobre la moral, y esto vendria á ser para la sociedad la decadencia y la muerte. Ciego está quien no alcanza el abuso que de esas conquistas hará verosímilmente una generacion corrompida en la moral. Dad esos grandes medios de accion, esas armas de buen temple, á quien no tenga arraigados los sentimientos del deber, y vereis lo que sucede; aumentad el poderío de una sociedad sin freno, y vereis tarde ó temprano el suicidio social, el omnímodo desquiciamiento, el horror y las catástrofes.

Niego tambien el adelanto de las *ciencias todas*, que se atribuye al siglo XIX. Yo prescindo de las ciencias físicas y matemáticas; aunque diré de paso, que no es toda la gloria de este siglo: que los estudios antiguos han venido preparando los adelantos modernos: que por ejemplo, la disminucion sucesiva de oblicuidad en la Eclíptica, la medicion de los cuerpos celestes, de sus diámetros y distancias, y de la magnitud de sus órbitas etc., eran cosas conocidas ya por los astrónomos del Egipto; que Copérnico, sobre que tampoco es de este siglo, no inventó, sino que sacó del olvido la esencia de su sistema planetario: y que las matemáticas no deben tal vez ménos á los Griegos, que á nuestros más sublimes analíticos. Haré tambien abstraccion de la literatura, que no conduce hoy á mi propósito: aunque pudiera decir que la poesía épica, lírica, trágica y didascálica, llegaron en la Grecia á tanta altura, que el mayor mérito de los modernos está en saber imitar á los antiguos. Pero sea de esto lo que se quiera,

es lo cierto que en el siglo XIX las ciencias morales no han hecho esos *notorios adelantos*. En las Sagradas Escrituras se consignaron principios inmutables, desenvueltos despues por los Concilios, por los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que en materia de moral no han tenido semejantes. Vedlos cómo en el trascurso de los siglos van desfilando con su frente ornada de laureles, ganados en cien palestras: no son ignorantes y fanáticos, no: miradlos bien; en su frente descubrireis la sublimidad de su talento, y en sus ojos penetrantes la llama del génio que oscila en sus cabezas. Hojead sus inmensas producciones científicas, que hoy mismo buscan los sábios de la Europa con anhelosa solicitud: mirad, entre otros muchos, al digno heredero del genio de Platon, al grande Augustino, que despues de haber preguntado por la verdad moral á todas las escuelas filosóficas, despues de haber recorrido todos los errores con indomable osadía y briosa independencia, se siente al fin subyugado por la autoridad y belleza moral del Evangelio, y llega á ser uno de los más grandes escritores que el mundo reconoce. Mirad á un San Gerónimo, cuyo alcance intelectual é inmensa erudicion ha sido y es el asombro de los sábios. Mirad un Tomás de Aquino, cuyas obras son un monumento de sabiduría, por confesion de todos, inclusos los críticos de nuestro siglo: mirad... pero basta, porque me haria interminable si hubiera de descender á pormenores en la historia y elogios de los Padres y Doctores de la Iglesia. Sus obras son colosales: pocos los sábios que las leen y las entienden: muchos los ignorantes que las miran con desden sin haberlas siquiera saludado. No es estudio para entendimientos frívolos ni para personas que viven en el bullicio de la sociedad moderna.

El siglo del vapor y de las aplicaciones eléctricas podrá adelantar en la física, pero en la moral no dará un paso, sino es hácia el abismo, cuando pretenda separarse de las verdades reveladas. La moral no se presta á innovaciones: el atributo de estabilidad entra en el constitutivo de su esencia. La

moral de los filósofos jamas tuvo este indispensable requisito: las reglas se mudaban con los siglos: el vicio y la virtud eran nombres arbitrarios. La moral cristiana es la que entraña esa estabilidad y esa certeza que apetecia Platon. En moral, dice Rousseau, *sólo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único. La inteligencia nos dice que conviene á los hombres observar sus preceptos; pero que no está á su alcance el conocerlos.* Son palabras textuales del filósofo Ginebrino. *Lettres de la Montagne*, p. 30. En efecto, los hombres nada pueden hacer que no sea inseguro y contingente; con frecuencia han querido crear sistemas de moral y de legislacion; pero no hallamos uno que para conseguir un bien cualquiera, no haya sancionado grandes males; ni uno solo cuya utilidad no esté limitada á circunstancias especiales de tiempo, personas y lugares, y que fuera de ellas no sea un verdadero mal, casi siempre mayor que el que se proponia remediar. Si hay pues un sistema moral absolutamente perfecto, que satisfaga en su esfera todas las necesidades, corrija todos los vicios, fomente todas las virtudes, y sea adaptable á todos los tiempos, á todos los lugares, á todas las clases y todos los mundos existentes y aun posibles, habremos dado con la obra de Dios. Tal es el Evangelio, que reune estos caractéres en la perfeccion más alta; Rousseau lo confiésa sin rebozo, y lo habia dicho Plinio, y aun Celso, Juliano y Antonino, cuyo testimonio no puede ser recusado.

Pero se me dirá: «Estables son tambien los principios del *honor*, y eficaces para contener al hombre, y hay muchos que, militando bajo los estandartes de la moral filosófica, son fieles á la amistad, defensores de la justicia y protectores del infortunio.» Muy bien... mas estos hombres de la moral filosófica no tienen sino al error público en su apoyo. Son amigos fieles; pero su amistad no tiene otro fundamento que su interes, su gusto ó conveniencia; no es que amen al prójimo, sino que se aman á sí mismos; son buenos ciudadanos, pero en ello buscan solamente honores y posicion; amantes de la

verdad, pero sólo aspiran al crédito y á la confianza que esto les grangea. Socorren alguna vez al infortunio; pero es porque quieren tener panegiristas. Si á estos *virtuosos* segun la filosofía de la carne, se les presenta ocasion de hacerse con lo ageno sin mengua ni peligro de su crédito, ó de calumniar á un rival sin que la envidia se trasluzca, ó de satisfacer un mal deseo sin que nadie se aperciba: en fin, si los colocamos en posicion de conciliar sus pasiones con la estimacion pública, no os fieis en su *virtud*. El empeño no es ser justos: es sólo parecerlo. Como las tales *virtudes* son hijas del amor propio, están siempre sometidas á la inconstancia de su imperio. Sola la moral evangélica es la que dá seguridad y solidez á la virtud. Sabe el cristiano que Dios todo lo llena, y que conoce los secretos de su corazon; que no sólo las buenas acciones, sino tambien un buen deseo, no han de quedar sin recompensa; y que no sólo la accion mala, sino hasta un mal pensamiento consentido, le hace incurrir en una responsabilidad aterradora; de este modo, aunque corra peligro su propia vida, no la salvará á costa de la virtud. Podeis fiarles un depósito sin testigos ni garantías.

Ademas, concediendo que haya alguno de los llamados filósofos, que obre sin cálculo, y sólo por los instintos de un buen corazon: ¿quién se le ha formado? ¿Es la filosofía ó es el cristianismo quien ha dejado en su espíritu tal semilla de virtud? Habiendo respirado desde la cuna en esa atmósfera de la moral revelada, ¿por qué se atribuye á la filosofía lo que sólo es obra de la Religion, aunque él mismo no se aperciba de su influjo? Y es de advertir que la influencia de la moral revelada no se circunscribe á los católicos: es claro, lo que en materia de moral conservan de bueno el sectario, el musulman y el hebreo, pertenece á las sagradas páginas ya del nuevo ya del viejo Testamento: y aun respecto de los pueblos paganos, despues de la general predicacion del Evangelio, se ha dejado sentir su influjo, como se puede demostrar con datos irrecusables, cuya

exposicion exigia una obra entera y no de escasas proporciones.

Se ha dicho, apoyándose en la autoridad de Montesquieu, que *el honor* es la base de la moral; pero Montesquieu solamente dijo: «Que el honor es quien *la conserva*, y que por eso no son necesarios entre nosotros los antiguos censores, custodios de las costumbres, como siempre los hubo entre los Griegos y Romanos.» Nada de esto es exacto. Honor, en la verdadera acepcion de la palabra, es el derecho que al respeto y estimacion de sus semejantes tiene el hombre que abriga buenos sentimientos y se ejercita en loables acciones. Pero ¿quién sino la moral cristiana os ha inspirado esos buenos sentimientos, y creado esa conciencia general, y preceptuado esos homenajes que la opinion pública tributa á la virtud? El honor no es la *base de la moral*, sino que la moral es la base del honor, ó del derecho al público respeto. El honor supone la preexistencia del mérito, y éste no se concibe si no tiene á la moral por fundamento. En órden *á los censores, custodios de la moral*, tampoco es cierto que no los haya entre nosotros: son los Ministros de la Religion. La Iglesia ha poseido y posee este linaje de magistratura, y donde se mengua su influjo, aparece el antiguo *censor*, la policía: á falta del misionero, el alguacil: á falta de persuasion, metralla: á falta de la Cruz, el sable.

He dicho que la Iglesia es, y añado que debe ser, el custodio de la moral: obra suya fué y es aun hoy el propagarla: y por tanto, derecho y deber suyo es el conservarla. Desde el Gólghota viene enseñándola en todo el mundo, y y sellándola con la sangre de sus mártires: la Iglesia fué la que puso término á una moral hedionda y repugnante, baldon de la humanidad: la Iglesia con su moral colmó á la sociedad de beneficios; la sacó incólume en medio de espantosos cataclismos; *creó* (y son palabras de Montesquieu) *el derecho público y ese derecho de gentes que la sociedad nunca agradecerá bastante:* perfeccionó la jurisprudencia en casi todo el mundo

entónces conocido, y ha civilizado despues tan vastas regiones en el otro hemisferio del planeta que habitamos. Y á propósito del nuevo mundo: no fué la moral filosófica, no fueron los filósofos los que han civilizado á los salvajes. Los filósofos modernos no han dejado el placer de una corte ó capital, ni las conveniencias de sus casas, como los antiguos no dejaron las sendas de Academo y las delicias de Aténas. Los misioneros cristianos, y por cierto algunos de ellos dignísimos individuos de la Real Academia de ciencias en París, sábios naturalistas, grandes críticos y eminentes matemáticos, son los que, movidos del entusiasmo divino que inflama al apóstol del Evangelio, van á buscar la muerte por hacer bien á gentes desconocidas. Nada los detiene, ni los montes, ni los rios, ni los bosques, ni las fieras, ni los mares, ni las borrascas, ni los hielos del Polo, ni los ardores del Trópico; siguen al Irogués y al Cafre, errantes en sus abrasados desiertos, á pié, desnudos, descalzos, dilacerados y hambrientos; buscan al Japonés y al Indio para ejercer con ellos su inagotable caridad: no hay isla ni escollo en toda la extension del piélago, que no hayan sido testigos de su celo: y todo al través de horribles padecimientos, hasta perder la vida, ora en el furor de la tempestad, ora entre las garras de una fiera, ó en manos de los mismos salvajes, que no pocas veces han hecho sufrir tormentos inauditos á sus inocentes bienhechores. Y permítaseme aquí una ligera observacion. Que el hombre, á vista de todo un pueblo y en presencia de sus amigos, arrostre la muerte en un momento de entusiasmo, trocando algunos años de vida por siglos de renombre, y haciendo ilustre y rica á su familia, no es extraño; pero que un misionero pase una vida oscurecida y acerva en lo intrincado de un bosque, y sufra despues una muerte horrorosa, sin espectadores, sin fama, sin provecho para los suyos, y sólo por hacer felices á salvajes desconocidos y casi siempre ingratos: este es un sacrificio reservado tan sólo á los apóstoles de la moral evangélica. Y no se olvide que se trata de grandes sábios, á

quienes ni la ignorancia ni el fanatismo han podido colocar en estos trances. La Iglesia, propagadora de la sana moral en todo tiempo, es quien la ha conservado tambien y siempre en toda su pureza, haciendo enmudecer al error y las pasiones; no ha retrocedido delante de ellas á medida que se mostraban más exigentes é imperiosas: no les ha señalado una línea, dándolas á entender, que si se empeñaban en pisarla, la iria retirando; fijó una línea sí, pero inmóvil; en vano luchan por salvarla; no hay ni sombra de esperanza; la moral cristiana no es elástica, no se pliega á exigencias y caprichos aun de los más altos potentados; la verdad siempre es una, siempre inalterable; confiad á otras manos, que no sean las de la Iglesia, la conservacion de la moral, y al poco tiempo será un caos. Se declama contra esa inflexibilidad de la Iglesia, y el superficial declamador no sabe que cuando se trata de sojuzgar las pasiones de los hombres, es preciso oponerlas un valladar insuperable; entónces se sublevan contra el obstáculo que las resiste; pero encontrándole inmóvil, retroceden, se abaten, y cual las olas del mar embravecido que chocan con el peñasco, se humillan y se acomodan murmurando al nivel que se las tiene señalado. La Iglesia es ademas la única autoridad reconocida para dirimir, como oráculo infalible, por sus Concilios y Cátedra de San Pedro, las infinitas cuestiones morales suscitadas entre los escritores católicos; cuestiones que hubieran adulterado la moral, á no existir ese principio de sumision y homenaje de la inteligencia á las decisiones de la Iglesia; sumision y homenaje que en vano exigirian *custodios* de otro género. En todos los siglos se han suscitado en efecto controversias peligrosas, ya en puntos de moral, ya de disciplina, que tienen entre sí una relacion tan íntima. La Iglesia falló, y las cuestiones terminaron. Y véase una nueva razon, que prueba ser la Iglesia el más seguro custodio de la moral. Añádase á esto la eficacia de los medios que emplea para fortalecerla de contínuo en el corazon humano; la sábia aplicacion práctica de los

misterios, que no son unas creencias estériles y sin influjo en las costumbres; los Sacramentos, eficaz remedio de los vicios y freno de las pasiones, como lo confiesa Voltaire mismo; las contínuas festividades que consagra en todos los dias del año á la memoria de los justos, cuyas diferentes virtudes nos propone por modelo; esos edificantes ejemplos de la vida cenobítica; esos asilos de la virtud más acendrada, contrastando con la corrupcion del siglo; esos conventos de monjas dedicadas á una vida de contemplacion y austeridad, que ofrecen á la vista de las doncellas un vivo modelo del pudor, y un freno contra livianas inclinaciones.

La pedantería y la ignorancia censuran estas fundaciones; no han comprendido su objeto; no han querido ó no han podido alcanzar el pensamiento profundo y altamente social que entrañan aquellos institutos.

Otros muchos medios ha empleado y emplea la Iglesia con gran fruto para la conservacion de la moral. ¿No veis esas visitas de los Obispos, cuya solicitud pastoral tantos bienes produce y tantos males evita? ¿No veis esas misiones que, recorriendo los pueblos, tantas pasiones enfrenan, tantos ódios extinguen, tantas amistades restablecen, tantos escándalos cortan, tantas injusticias reparan, tantas restituciones ocasionan y tantos litigios sofocan? ¿Veis ademas esas catedrales góticas, esas naves oscuras, cuyos costados presentan tal número de tumbas cargadas de figuras alegóricas? ¿Recordais aquellos monasterios, cuyos claustros silenciosos estaban empedrados de muertos y rodeados de sepulcros? ¿Veis esas imágenes devotas y esos cuadros imponentes? Pues todo eso estaba y está hablando al corazon del hombre, y en contacto con el punto capital de las costumbres. ¿Oís el eco de esa campana y los lentos sonidos al toque de la agonía, semejantes á las pausadas pulsaciones de una vida que se acaba ó de un corazon que espira? Pues bien, esas campanadas tienen relacion con la moral: alguna vez sorprendieron á la adúltera en las altas horas de la noche, y sobrecogida de terror renunció

á una idea criminal; alguna vez han hecho caer de la mano del homicida la daga con que pretendia cometer un atentado. ¿Oís el toque de la Oracion al despuntar los crepúsculos de la aurora; despues cuando el sol toca al meridiano, y cuando llega al ocaso y se difunden las sombras de la noche? ¿Veis esa ermita situada sobre el monte, y cuyo pequeño torreon descuella sobre las copas de los árboles, donde se reunen las gentes de la comarca á implorar la misericordia de Dios, cuando su justicia se ostenta con alguna calamidad ó algun peligro, y esas pláticas fervorosas en que aprovechando las circunstancias se restablece el imperio de la virtud? ¿Veis esa Cruz colocada á un lado del camino, que recuerda un rasgo de virtud, una desgracia ó un crímen que no dejó impune la Divina Providencia? ¿No veis... pero basta. Nunca acabaria si hubiese de enumerar los medios de que se ha valido y se vale el celo de la Iglesia, para conservar y fomentar la virtud, y poner un dique al vicio.

Pero entre estos medios, se me dirá, juegan alguna vez preocupaciones vulgares, que la crítica condena. Tambien la Iglesia las reprueba, cuando son perjudiciales; pero las tolera, cuando son inofensivas y pueden contribuir á fortificar los sentimientos morales. Seriamos dignos de compasion, si queriendo someterlo todo á las reglas de la crítica, condenáramos con excesivo rigor ciertas creencias del pueblo, que si bien no están aprobadas por la Iglesia, porque ésta jamas admite sino la verdad desnuda, ayudan sin embargo á soportar los disgustos de la vida. Es cosa admirable, que todas nuestras acciones estén llenas de Dios, y que nos hallemos de contínuo rodeados de sus milagros. El pueblo es más sábio que los filósofos: cada fuente en el fondo de los valles, cada ruido misterioso oido de noche en el camino, cada gemido del viento, lleva consigo un prodigio. Para el que tiene fe es la naturaleza una constante maravilla. Dios en contínua comunicacion con el hombre: esto en el fondo no es una preocupacion: es una verdad reconocida.

Reasumiendo brevemente, el Cristianismo ha enseñado la moral que civilizó al mundo: su doctrina estableció el imperio de la virtud sobre pasiones antisociales y bastardas: en varias épocas de la historia ha librado á la sociedad de la disolucion y las catástrofes: la Europa le es deudora de esta civilizacion fecunda que tanto se encarece: la llamada moral filosófica por sí sola era impotente: lo que en ella tiene algun valor, está tomado de la moral evangélica: la humanidad ha venido siempre errando, hasta que tomó por guía al Evangelio: los medios que la filosofía puede emplear para enderezar el corazon, son de todo punto ineficaces: las leyes por sí solas tampoco pudieron ni pueden suplir á la moral, y todo lo justo y razonable que hay en las legislaciones conocidas, es debido al Cristianismo: y finalmente, la Iglesia ha sido, es y debe ser el custodio de la moral, que en manos de otro poder, y sometida á la versatilidad de los tiempos, al influjo de las pasiones, al interes de los partidos, al capricho de los hombres y á las exigencias del momento, seria ya un caos espantoso y la sociedad se hubiera desplomado.

Concluyo repitiendo: que sin Religion no hay costumbres, y sin costumbres no hay sociedad posible. Ninguna moral hay pura, si no halla en Dios su fundamento: la moral sin Religion es una primavera sin flor, un otoño sin frutos, un invierno sin abrigo. Yo repruebo toda filosofía que ahogue la virtud en el corazon del hombre, en vez de hacerle subir hasta Dios, única fuente de la vida. La filosofía nos eleva, es verdad, pero nos deja en la tierra. Sin la fe será siempre el hombre un puñado de polvo que se ha de arrastrar muy pronto al impulso de los vientos. Sin las creencias religiosas la civilizacion quedaria falseada, y la sociedad al borde de un abismo. En su ligereza infantil no la comprenden los que, jactándose de filósofos, creen poder prescindir de la moral religiosa del Evangelio, de los Concilios, de los Padres y Doctores de la Iglesia. Es indudable que si se empeñasen en aplicar la piqueta de-

moledora de sus teorías á la moral cristiana, á la base de nuestra civilizacion, al cimiento de nuestra sociedad, el edificio social se vendria abajo, y seria la última y la más espantosa de las catástrofes.—He dicho.

CONTESTACION

DEL SR. D. SANTIAGO DE TEJADA.

Señores:

Muy grato es á los que dedican su vida á los progresos de la ciencia, ver hoy reunida esta Academia para admitir en su seno á nuestro nuevo colega, cuya acertada eleccion ha sido tan notoriamente justificada por el luminoso discurso que acabais de oir.

Esta eleccion ha tenido una importancia especial. Expresa lo que siempre sostendremos en esta Academia, la union íntima entre la ciencia humana, y la doctrina católica; carácter eminente, distintivo nacional de una Academia española.

Perdimos dolorosamente á nuestro compañero el Ilustrísimo Sr. D. Juan de Cueto y Herrero, sacerdote tan elevado en dignidad, como en la virtud y en la ciencia; y hemos nombrado otro sacerdote, de no ménos aventajadas prendas.

La Academia sigue así uno de los impulsos laudables del Gobierno de S. M. en la creacion oficial de este cuerpo científico. Llamó á su seno á nuestro Prelado, Arzobispo de Toledo, Príncipe de la Iglesia, y á otro eclesiástico de justa cele-

bridad por sus perseverantes estudios en la ciencia teológica. Y vuestra última eleccion llena aquel vacío, y corresponde á los altos fines del Gobierno.

Satisface ademas una de las necesidades de vuestro instituto. Os pertenece sin duda ninguna conservar, cultivar cuidadosamente, y hacer que sea cada dia más resplandeciente y benéfica la luz de la verdad, en la region moral y política; vuestro instituto abraza las reglas de la administracion pública, económica y material; tiende á vivificar y fortalecer la moral, el derecho y la política, elevándose tambien á las verdades trascendentales, altamente filosóficas y religiosas.

Pues bien, para cuando vuestras investigaciones, y vuestro respetuoso exámen, y vuestra enseñanza lleguen á los límites que separan la fe de la ciencia, la religion de la filosofía humana, la luz y el bien finito, de la luz y el bien imperecederos, habeis acertado, como el Gobierno, en traer aquí dentro teólogos eminentes que os aseguren y tranquilicen dentro de la esfera de vuestra competencia científica, y que puedan indicaros: hasta aquí llega la razon filosófica, y sois libres en el exámen y en la discusion; desde aquí, entramos en las regiones teológicas dogmáticas, en las cuales, ni teneis libertad, ni os es permitida la discusion, ni depende del juicio de los hombres la declaracion de la verdad. Todo esto habeis tenido presente sin duda alguna, para iniciar y sostener, con las miras del Gobierno, vuestra muy acertada eleccion; á la que hoy dais una sancion pública, cumpliendo vuestros Estatutos.

Pero todavía más grato que presenciar esta merecida recepcion, es ver hoy á la Academia en su primera sesion pública, despues de su inauguracion solemne, ocupada en una de las materias más importantes, que pueden ser objeto de sus investigaciones.

¿Sobre qué bases descansará más sólida y duraderamente la muy varia y complicada civilizacion de las sociedades modernas?

No puede ofrecerse á vuestra meditacion materia más

grave, más oportuna en los tiempos que corremos, más propia y digna de esta Academia.

Así deben proceder los que por obligacion están llamados á ir delante, por los oscuros senderos de la ciencia y de la vida; los que tienen el difícil y honorífico encargo de dirigir el movimiento progresivo del hombre y de los pueblos. Examinar, primero los fundamentos del magnífico edificio, que los siglos y la humanidad han sostenido y mejorado, y deben constantemente elevar hácia todo lo que es bueno, justo, duradero y armónico. Y despues, sobre sólidas bases, comunicar á la verdad moral y política, en todas las aplicaciones la direccion, el movimiento y la armonía que enlaza la vida del tiempo, con la que será inmortal, y que Dios colocó fuera de los límites de la humana inteligencia.

Siglos há, que la sabiduría divina hablaba del *hombre sábio*, que oia la verdad y cumplia sus preceptos, y que así edificaba sobre *piedra*, que no quebrantarian ni las lluvias, ni los torrentes, ni los vientos. Y tambien hablaba *del insensato*, que ni oia, ni cumplia la palabra de la verdad, y que así edificaba sobre *arena;* anunciando que, cuando sobrevinieran las lluvias, y los rios desbordaran, como torrentes, y soplaran réciamente los vientos, el edificio se aplanaria y se convertiria en ruinas desastrosas.

¿Es posible, señores, que en el siglo XIX, siendo nosotros los herederos de tantas y tantas generaciones, de tan ricos y sucesivos descubrimientos, de tantas experiencias científicas, de tan varios pueblos, y de tan elevadas civilizaciones, de doctrinas tan luminosas, y de tradiciones tan respetables, de leyes, de instituciones, de sistemas filosóficos y religiosos, de las altas enseñanzas y hasta de los amargos y saludables desengaños, que el error y el vicio dejan en pos de sí, sea hoy todavía objeto de duda hasta entre los sábios, tema de discusion en las Academias, *sobre qué bases descansará* y se *elevará* más *sólidamente* la verdadera civilizacion del hombre y de los pueblos?

Pues ésta es, señores, la muy triste y desconsoladora verdad, que á todos nos inspira el imparcial exámen de lo que vemos y observamos, de lo que gozamos, de lo que sufrimos y de lo que tememos en este siglo.

Despues de haber girado la humanidad por todas las esferas de la inteligencia; despues de haber caminado siglos y siglos por los varios y difíciles senderos de la vida, de haber puesto á prueba tan opuestas doctrinas, de haber ensalzado tantos poderes, y de haberlos abatido, de haber visto nacer, extenderse, florecer, corromperse y morir tantas naciones; despues de tan profundos estudios, sobre todos los objetos del saber humano; sobre el bien, sobre el derecho, sobre la libertad, sobre el órden y armonía universal á que el hombre aspira siempre por su propia naturaleza, hoy es el dia, en que nuestra sociedad, no sólo duda de las verdades fundamentales de su existencia y porvenir, y en ella se enseñan las doctrinas más contradictorias y se ponen públicamente en tela de juicio los primeros elementos de las ciencias más cardinales, y se someten *al libre juicio individual* los principios, los derechos y las instituciones consagradas por el uniforme consentimiento de los siglos, sino que sobre la razon independiente y la voluntad soberana del individuo se aspira á fundar la vida interior del hombre y el régimen de los pueblos.

Hoy es pues más necesario é importante que en ningun otro tiempo, señalar la direccion segura del agitado y general movimiento, que por todas partes nos circunda. Hoy más que nunca conviene fijar, de dónde ha de partir, y por qué medios ha de elevarse y engrandecerse el impulso que nos arrebata en la region de la vida, y en la region de la ciencia. Hoy que segun parece, todos vuelven los ojos hácia la luz de la razon para reconocerla como árbitra de los destinos ulteriores de la humanidad. Hoy, que todas las ideas, todos los sentimientos, el derecho, las leyes, las instituciones, y todo el organismo de la vida interior de las sociedades han de presentar y probar sus títulos para ser admitidos como elementos nuevos de la mo-

derna civilizacion, es de absoluta y perentoria necesidad, que la verdadera ciencia busque, señale, y asiente con firmeza las bases de la vida y del verdadero progreso de esta sociedad en que vivimos, tan indagadora y excéptica, tan agitada y profundamente conmovida, hasta en sus cimientos.

El movimiento en todas las regiones parece su ley superior; hay en él aspiraciones generosas y profundas; tendencias generales, que inquietan las almas y agitan las sociedades. No somos de los que intentan paralizar el movimiento, ni de los que quieren que se estacione la vida de los pueblos, ni de los que sueñan en retrocesos contrarios á las leyes generales de la vida.

Somos de los que quieren el movimiento, hácia lo que es mejor, más fecundo, más duradero, más digno del hombre. La ciencia no puede ménos de enaltecer y aspirar á dirigir el movimiento, por buenos medios, hácia el más justo y elevado fin; de abajo hácia arriba; subiendo de grado en grado, hácia el destino supremo y feliz, que la inteligencia busca, que el corazon anhela, que la esforzada voluntad conquista. Este movimiento es la naturaleza y la vida humana.

Y porque la edad presente ha convertido el movimiento gradual, pacífico y sucesivo, en pasion inquieta y peligrosa, debemos todos aspirar, á que lo que hay de más profundo, de más legítimo en nuestro sér, que es el impulso y el movimiento hácia el bien, tenga firme y elevada direccion, para que, sinextraviarse, llegue á su fin.

¿Dónde está? ¿cuál es la solucion, que debemos ofrecer á la inteligencia y á la voluntad del hombre para ordenar aquel movimiento general, y para librar á los pueblos y á los gobiernos, de los inminentes peligros, que los inquietan y amenazan en nuestros dias, por la violencia y extravío de aquel impulso universal?

El nuevo académico os ha presentado una solucion; os ha demostrado, que sobre la ciencia *puramente racional,* sobre la filosofía humana no puede tomar sólido asiento, ni tener des-

arrollo fecundo la civilizacion moderna, y que sólo en la doctrina católica está la solucion de las dudas é incertidumbres, que en tan encontradas direcciones han agitado al mundo, y nos conturban en la edad presente.

Efectivamente, sólo en la doctrina católica podremos encontrar la luz, el bien, el progreso y la armonía, que la razon humana por sí sola no ha podido, ni puede, ni podrá realizar, en la vida del hombre, ni en la de los pueblos.

Hoy existe en las naciones de Europa, que son las precursoras en la ciencia, y las más civilizadas, una necesidad profunda, instintiva, que los hombres eminentes reconocen los primeros como la peculiar de nuestro siglo.

Es oportuno y urgente que la filosofía dé públicamente en estos cuerpos científicos, el paso decisivo hácia la verdad.

Es necesario salir de la region de la filosofía puramente racional, á la region de la filosofía cristiana. Esta fué la verdad prometida en esperanza á las primeras edades del mundo; la verdad descubierta y proclamada por el Fundador del Cristianismo; es tambien la esperanza y el porvenir de los tiempos modernos; es por último la verdad de los tiempos venideros. Si de entre nosotros se retirase esta verdad, y se oscureciesen en Europa sus consecuencias religiosas, morales y políticas, las sociedades modernas caerian en profunda ruina, con todos sus adelantos y descubrimientos.

En todos los tiempos, pero mucho más en los periodos filosóficos modernos, la fijeza de la verdad, y la altura de la ciencia, pueden con exactitud medirse, segun su mayor ó menor proximidad á la filosofía del Cristianismo. El siglo XVI protestó contra ella, y fué el primer descenso hácia el error en todas sus aplicaciones religiosas y sociales. El siglo XVIII descendió desde las alturas del espiritualismo de Leibnitz, que unió armónicamente todas las ciencias, desde la filosofía de Fenelon que penetró en todos los corazones, y desde el profundo pensamiento de Bossuet, que unió la ciencia á las leyes de la historia, y al gobierno de los pueblos; descendió á

la corrupcion moral del sensualismo, y á la indiferencia religiosa; triste herencia recibida ciegamente por el siglo XIX, y que por todas las clases de la sociedad se difunde, como un virus corrosivo y mortífero.

Desde últimos del siglo pasado, casi hasta la mitad del presente subió, es decir, progresó el espíritu humano, desde el materialismo sensual y la moral utilitaria y la independencia de la voluntad, y el liberalismo filosófico constituyente, á la filosofía racionalista, á la moral puramente humana, á la soberanía de la razon, en la vida del hombre, y en el régimen de los pueblos. Esta es la segunda estacion filosófica: es la ciencia y el culto de la personalidad humana en todas sus consecuencias morales, religiosas y políticas. Adelanto notable en la region de la ciencia; pero notoriamente insuficiente para conocer la verdad completa.

Esta es la filosofía de la razon pura, de la moral humana, de la religion natural, que considera el principio de la vida espiritual, como exclusivamente propio de la razon humana; sin admitir la comunicacion interior de un espíritu, superior al hombre, que á todos nos habla, que todos sentimos dentro de nosotros, y que vivifica, eleva y fecunda nuestra razon, sin confundirse nunca con ella.

Cada una de estas novedades en la esfera filosófica, preexistente la verdad del Cristianismo, fueron pasos retrógrados, descensos hácia el error, protestas contra la verdad, negaciones de la luz católica, que libró del caos de la barbárie á todas las naciones modernas. La historia recuerda estas y otras muchas aberraciones de la razon del hombre, débil, vacilante, insegura para seguir hácia el bien; pero tambien conserva la memoria de aquellas, porque tambien la razon aprende en sus mismos errores y extravíos.

La ilusion deplorable de la filosofía, de la razon pura, consiste principalmente, en que viéndose hasta cierto punto emancipada de los sentidos, y de la dependencia de los objetos sensibles, aspira á declararse tambien independiente de toda

influencia superior, de toda luz más alta, que la razon misma, y por consiguiente á no reconocer dentro de sí misma, el influjo sobrenatural de las verdades eternas.

Esta es la filosofía racionalista, la que se llama de los hombres reflexivos, que buscan con arrogancia la verdad completa; dentro de ellos mismos, ó en el mundo de los fenómenos naturales; y que no encontrando base alguna sólida, dentro su inteligencia para sentar aquella, caen en el excepticismo y despues en el sofisma.

Es necesario, que la ciencia abandone tambien esta segunda filosofía; esta ciencia *incompleta*, estóica, que no sale de los límites de la razon y de la voluntad humana, que no eleva al hombre, de la luz inferior, á la luz superior, y que no le ofrece un punto de apoyo, para librarle del peligro del excepticismo, que es la muerte de la ciencia, el abandono de la verdad y la degradacion de la humana inteligencia.

Urge que la ciencia abandone esta filosofía, impotente hoy, para librar á las sociedades modernas de las influencias corruptoras del sensualismo. Vencido éste afortunadamente en la region científica, domina y triunfa por desgracia en el estado social: y aunque la razon detesta las máximas de la filosofía del siglo XVIII, desde lo inferior, hasta lo más alto de la sociedad actual, se humilla y rinde tributo, á la perniciosa y abominable dominacion de aquella doctrina.

Y la experiencia enseña, que ni los esfuerzos del racionalismo, ni la lógica del entendimiento humano, bastan para levantar al hombre, y á la sociedad actual, de la degradada postracion en que cayeron fascinados por las decepciones de los sentidos. Las facultades y las fuerzas naturales del hombre no le bastan para cumplir la ley de su naturaleza. Sin los auxilios de la fe, es incapaz de observar constantemente, ni la ley moral, ni la religion natural.

Para salir de la estrecha esfera del racionalismo, para progresar en la ciencia, no hay más medio que subir á la region de la fe, siempre armónica con la razon humana, y

llegar por el vigoroso impulso de aquella, á la saludable desconfianza de nuestras débiles fuerzas, y por la abnegacion personal, á la vida íntima y superior, donde el hombre se une libremente á su Dios, por la sumision, por el sacrificio y por el inefable sentimiento del amor.

La union de la razon y de la fe, que forma dos grados en la inteligencia humana, ha sido recientemente declarada, no dogmáticamente, pero sí por autoridad muy respetable y competente. En Alemania, pueblo muy inclinado al racionalismo, y que ha sido, y es foco permanente, y ardoroso de disputas teológicas y de disensiones religiosas, enseñó el profesor Hermnes, doctrinas que fueron desaprobadas por la Santa Sede; y con este motivo la Congregacion del Índice formuló, con la aprobacion de Su Santidad, cuatro proposiciones doctrinales, y la primera dice: «*Aunque la fe está sobre la razon, nunca se puede hallar verdadera disension ni oposicion entre ellas; naciendo ambas de una, y la misma fuente de verdad, Dios bueno omnipotente; y por tanto auxiliándose mútuamente una á otra.*» Y la cuarta dice: «*El método que usaron Santo Tomás, San Buenaventura, y otros escolásticos, no ha sido causa de caer la filosofía en las escuelas modernas, en el naturalismo, y en el panteismo.*» Luego la ciencia debe partir de aquella feliz union, y ascender en sus indagaciones, desde la razon á la superior luz de la fe.

Esta direccion, innata en el hombre, combatida siempre por el error, y por los sentidos, proclamada luminosamente por el Cristianismo, la siguió recientemente, en sus indagaciones filosóficas, uno de los hombres más distinguidos de nuestra edad; sincero amigo del bien, que llevó muy dignamente en nuestro siglo el nombre de filósofo: y de quien han dicho Royer, Collard y Guizot, que era su maestro, y el pensador más independiente en los tiempos modernos.

Este filósofo, Maine de Byran, nacido digámoslo así, en la noche filosófica de siglo XVIII, alimentado con las doctrinas de Cabanis y de Condillac, pasó del sensualismo, al frágil sis-

tema de la razon *pura*, y á las máximas estoicas, de la libertad ó independencia de la filosofía humana. Y este fué el primer esfuerzo de su inteligencia superior.

Aquí se detuvo largos y penosos años: y publicados recientemente, en 1858, sus pensamientos filosóficos, el resultado final de cuarenta años de meditaciones y estudios, tan sinceros como independientes, en busca de la verdad, ha sido declarar, demostrar *que la ciencia debe salir de la incompleta filosofía racionalista y ascender, para armonizar todas las verdades, á la filosofía cristiana.*

Tres disposiciones innatas, decia este filósofo, se distinguen claramente en nuestro espíritu. La de los que viven exclusivamente en el mundo de los fenómenos sensibles, y su vida es inconstante hasta la ansiedad, en una movilidad perpétua sin encontrar punto de apoyo. La segunda es la de los espíritus, que buscan largo tiempo la verdad dentro de ellos mismos, ó en la naturaleza, y que no encontrando, en las oscilaciones y perplexidades de nuestra limitada inteligencia, base fija sobre la que descanse la verdad, caen, rendidos por una secreta ansiedad y *por la desesperacion*, en el esceptcismo, en el cual no puede descansar la inteligencia humana, llamada por Dios, al conocimiento, á la aseveracion y á la defensa de la verdad. Y la tercera es, la de las almas, que se elevan á la luz de la Religion, reconociendo los dos grados de inteligencia natural y divina, que armonizan la vida del espíritu y la del corazon, complemento de la filosofía cristiana.

Remontándosè por último este filósofo á la doctrina del Evangelio, y de los Padres de la Iglesia, reconoció claramente no sólo las tres vidas del hombre, la animal ú orgánica, la racional libre y moral, sino que declara que *esta segunda vida racional se ha dado al hombre para elevarse á la tercera*, que es la vida de la fe y de la influencia sobrenatural de la gracia, que completan la naturaleza del hombre, uniendo la verdadera filosofía con la fe, para llegar á la doctrina del Evan-

gelio, donde está la solucion de todos los problemas, que ofrece la historia de la humanidad.

No se crea por estas indicaciones, que en manera alguna combatimos ni la libertad del espíritu humano, ni los esfuerzos de la razon para encontrar la verdad, ni la filosofía que analiza, extiende y dá grande importancia á las facultades del hombre; por el contrario, damos grande importancia á todas las facultades, á todos los sentimientos, á todas las fuerzas y medios humanos. Nuestro propósito es, no romper la union y armonía de las tres vidas, que el Cristianismo reconoce en el hombre; no suprimir ninguna, absorbiéndola en otra; no mutilar ninguna de sus aspiraciones naturales, no separarlas tampoco abriendo un abismo entre la naturaleza, la razon y la fe; sino uniendo y armonizando, por medio de la razon, lo que á cada uno de estos tres grados de la vida corresponde, desde la naturaleza física, hasta las inspiraciones de la fe evangélica.

Hay en la historia de la humanidad periodos, en los cuales la vida se ha concentrado alternativamente en alguna de estas tres regiones, quedando las otras dos postergadas, oscurecidas. Y así nacieron *por la exageracion de la vida dominante*, por la postracion de las preteridas, errores y excesos lamentables. Pero esta es la condicion del hombre; adelantar trabajosa y parcialmente; aprender por los desengaños de sus mismos extravíos, aproximándose así á la elevacion de la verdad católica, progresiva, civilizadora y esencialmente armónica en todo lo creado.

Los que en los tiempos modernos, y aun en nuestros dias, han formulado la filosofía independiente, separada en cada una de las regiones que abraza la vida del hombre, han dado tambien una funesta direccion á la ciencia. No han podido sentar principios seguros, que sirvan al hombre de luz y de regla en las muy complicadas relaciones de su vida física, racional y religiosa; ni tampoco han alcanzado á explicar la historia de la humanidad, más rica, más comprensiva, varia y fecunda, que sus parciales exclusiones y exageradas teorías,

Véase lo que ha pasado en los tiempos, en que los sábios se han dejado arrastrar por el materialismo. ¡Qué postracion de espíritu! ¡Qué descenso en las inteligencias! ¡Qué instable vanidad en la vida! ¡Qué degradacion moral en los caractéres! ¡Qué corrupcion en las costumbres privadas y públicas!

Véase lo que ha pasado, cuando á la vida superior religiosa no se le han dado por la ciencia sus bases naturales y anchurosas. La historia de tales tiempos es un triste espectáculo, ó de violencias y persecuciones sistemáticas contra la verdad religiosa, ó de exageradas supersticiones, enemigas tambien de la verdad evangélica.

Véase lo que en el siglo XVII pasó encerrando las bases de la ciencia del hombre en el estrecho círculo de la personalidad humana exclusiva é independiente. Y se verá, mutilada la ciencia, separada de la razon filosófica, suprimida la tradicion, olvidado el órden sobrenatural, y sin luz, ni leyes, ni explicacion, la Historia. Tal sistema filosófico, por una abstracion insostenible, por una metafísica, sin base ni aplicacion á la vida, desnaturalizó la ciencia física bajo la concepcion de un mecanismo arbitrario, y preparó cuando ménos, en la Teología, una perversion de las relaciones del hombre con Dios, que despues se desarrolló en otros más erróneos sistemas.

Aquellas dos grandes obras de Dios, aquellas dos grandes verdades, (*duo optime scripta*) como dijo Santo Tomás de Aquino; aquellas dos prodigiosas creaciones, la antigua y la nueva, es decir, la naturaleza y la verdad católica, casi quedaron suprimidas: pues de todo el órden físico natural, y del espiritual sobrenatural, sólo quedó en aquella abstracta é incompleta filosofía, un punto de partida, la *interior personalidad humana*. Y partiendo de ella, como centro de todos los conocimientos, se describió un círculo estrecho, vacío, oscuro; evitando cuidadosamente, que tal filosofía, ni descendiese al mundo material, separado é inferior al hombre, ni subiese á recibir las inspiraciones sobrenaturales, tambien separadas de

la vida humana. De modo, que de las tres magníficas regiones en que ha vivido y progresado la humanidad: de las tres vidas positivas, trasmitidas por la inteligencia, por la observacion y por la historia, quedaron por esta doctrina, como *suprimidas* dos, que han sido y serán la base y el complemento de la verdadera filosofía.

Véase lo que entre nosotros pasa todavía por las peligrosas y estériles exageraciones del racionalismo, separado de la fe, y desde luego se conocerá, cómo un error engendra otro error, y cuán fecundos son en lamentables aberraciones.

Del error de los que suprimieron teóricamente la naturaleza física y el órden sobrenatural, resultó el sistema de los sofistas modernos, que resolvieron la naturaleza del hombre y la de Dios, en una absurda *identidad sustancial, el panteismo,* que todo lo trastorna y confunde, negando la idea de la personalidad creadora, y la idea de la creacion.

Es necesario pues, para destruir tales errores, llegar á una filosofía, que no mutile al hombre, síntesis de la creacion; que no sea ni exclusiva, ni absorbente, ni exagerada, ni parcial, ni puramente teórica; que respete, dirija y eleve todos los focos de la vida humana; que armonice todas las tendencias, todos los impulsos que mueven al hombre; que subordine sus facultades, segun su excelencia y elevacion respectiva, encaminándolas todas á los altos fines de la creacion. Una filosofía, que explique é ilumine todos los tiempos; que dé solucion á los problemas de todos los siglos; que siga al hombre en todas sus edades, estados y condiciones; que funde la familia y constituya sólidamente la sociedad, donde encuentren, bajo la égida de la autoridad legítima, vida, movimiento y verdadero progreso, todos los elementos de nuestra civilizacion.

Esta filosofía, armónica de todo lo criado, en Dios, está llamada á librarnos de los terribles é inminentes peligros que hoy amenazan á la ciencia verdadera, y al órden y progresos de la sociedad actual: la lucha entre la filosofía racional, y la

doctrina del Catolicismo; la exaltacion de la independencia de la razon humana, llevándola como los sofistas la llevan, hácia las doctrinas del panteismo.

Estos dos peligros son inminentes, y si la ciencia no los combate inmediata é incesantemente, la noche del error y el horrible caos de la anarquía material y moral envolverán nuestra vida interior y nuestra sociedad.

Hoy puede decirse aquí lo que en otra Academia de igual clase dijo un eminente filósofo: *la razon está en peligro, y este peligro es una de las más terribles calamidades de nuestros tiempos.*

En otro siglo anterior se quejaban los hombres distinguidos de la indiferencia religiosa. Y hoy, sin corregirse este vicio corruptor de nuestra sociedad, podemos con razon alarmarnos del extravío y de la perversion en el órden intelectual. Y hoy es más cierto que en el siglo XVII, lo que decia el inmortal Fenelon: *es mayor entre nosotros el abandono de la razon, que el de la Religion.* Vemos casi en igual grado el más intolerable orgullo filosófico, y la desconfianza más profunda de la razon. Un filósofo contemporáneo ha dicho: *con el raciocinio se nos ha engañado á todos, y todos desconfiamos del raciocinio.* ¿Cuál es hoy el estado de la razon pública, en medio del torrente de doctrinas encontradas, que arrastran, conturban y ciegan los espíritus?

La razon, desde que se ha declarado independiente, no es ya una facultad verdaderamente libre. Ahogada en palabras nuevas, en argumentos especiosos, en imágenes deslumbradoras; en tal estado, como ni en la ciencia, ni en la sociedad se admite superioridad alguna intelectual ni se conoce tribunal interior ni exterior para juzgar y castigar el error; como no hay verdad alguna reconocida para reprimir y condenar el absurdo y el sofisma; como por el contrario, hay una absoluta libertad intelectual, sin admitir regla, ni principio alguno, que domine y dirija el pensamiento, la razon humana, hija del cielo, envuelta en el torbellino de las contra-

dicciones, desfallece; y aspirando siempre á la luz, pregunta lo que siglos há, un poder ciego preguntaba al que era principio y revelacion de la eterna luz: *¿Qué es la verdad?*

Efectivamente, señores: en esta confusion intelectual que nos circunda, el espíritu del hombre parece que ha perdido aquella fecunda fermentacion interior, tan necesaria para llegar á la verdad, que vivifica y eleva las inteligencias. De modo, que á la limitacion y flaqueza naturales del entendimiento humano, añadimos hoy las enfermedades intelectuales propias de los siglos excépticos ó irreligiosos, desarrollándose sucesivamente luchas intestinas que trastornan la armonía universal de la creacion; y declarada la guerra en el órden intelectual, entre la razon y la fe, desciende de aquí otra terrible discordia en el órden social.

En todas estas faces es idéntico el gérmen del mal. En el órden intelectual, ataca la fe en nombre de la razon. En el órden social, ataca la autoridad en nombre de la independencia individual. En el órden político, ataca el poder en nombre de la libertad; y despues de haber trastornado el poder, ahoga y tiraniza la libertad. Ya reveló Tácito elocuentemente esta série fatal de subversiones en la sociedad. *Ut Imperium evertant libertatem præferunt; si perverterint, libertatem ipsam aggredientur.* Combatir el poder en nombre de la libertad, y destruido, proscribir la libertad. Todo lo hemos visto, y nuestros padres tambien, en la historia moderna de la sociedad. Lo que no se habia visto, lo que por desgracia presenciamos es, que aquel mismo espíritu destructor, que subvierte sucesivamente el poder y la libertad, trabaja sin cesar en la ruina intelectual y moral del mundo moderno, combatiendo, con la negacion absoluta, la razon humana, á cuyo nombre ántes habia destronado la fe.

Y como ha sido y es siempre tan íntima la relacion entre los errores del espíritu y los desórdenes morales y sociales, los sostenedores de la negacion absoluta, célebres por su lógica y por su metafísica, dieron en sus escritos, por el impulso

de sus maestros, el último escándalo, negando todos los dogmas, y hasta las leyes del pensamiento; reconociendo como consecuencia, el ateismo en la metafísica, en la política la anarquía, y en el órden material el comunismo democrático; protestando, levantándose, en la confusion del bien y del mal, contra el juez interior del hombre, contra el tribunal incorruptible de la conciencia.

Dos grandes verdades prácticas se deducen de las expuestas consideraciones: una, que la muy varia y complicada civilizacion moderna no puede descansar sobre la base de la razon separada de la fe; y la otra, que si deseamos salvar esta misma civilizacion y la sociedad y la Religion cristiana, es preciso restablecer la razon pública, subordinándola despues á las leyes invariables del órden sobrenatural, para llevar la íntima comunicacion, y el movimiento ordenado, y el verdadero progreso, á las tres regiones en que se extiende y eleva la vida del hombre. Y sólo así se restablecerá la legítima autoridad de la razon.

La filosofía, como ciencia general, hoy no dirige; y es la que debe dirigir el movimiento de la inteligencia humana, saliendo de la separacion y del aislamiento, á que lo han reducido los sofistas, delante de las demas ciencias especiales. La filosofía, repasando las estrechas fronteras á que la han reducido los falsos racionalistas, debe penetrar en el espíritu de todas aquellas, y someterlas á sus principios, para que el espíritu humano no esté dividido en regiones independientes y desconocidas unas á otras; uniéndose todos los ramos del saber, por sus relaciones naturales, en la unidad de la filosofía verdadera.

Sin esta union no es posible ningun progreso intelectual verdadero; ni la inteligencia y la voluntad, ni la razon y el libre arbitrio, que son las dos alas del alma, podrán elevarse á su único objeto, que es el conocimiento de la verdad y la ejecucion del bien.

Y aquí se presenta, señores, la cuestion culminante en

la vida y progresos del espíritu humano; cuestion de vida ó de muerte, para las inteligencias, á saber: si nuestra razon se unirá, ó no, á la razon de Dios, ó se separará de ella. La razon del hombre ¿llegará á ser tanta, como es su causa; ó será humillada y prostituida? ¿En cuál de los dos puntos se detendrá?

Esta es la gran cuestion, que debe resolver la filosofía moderna. A la razon del hombre no le es posible permanecer largo tiempo en el punto medio del racionalismo versátil y estéril, porque este punto medio *no es el principio ni el fin* de la inteligencia humana.

La razon, ó se precipita hácia el sensualismo y hácia su corrupcion; ó se eleva hácia la religion de la fe, y entónces se ennoblece y purifica.

La razon humana es una facultad, es una fuerza, que como todas, busca su principio y su fin; y para los filósofos eminentes, cuyo nombre conserva la historia, ha sido y *es un axioma, que el principio, y el fin de la razon sólo se encuentran en Dios*. San Agustin ha dicho: *la verdad filosófica revela, que sólo en Dios se encuentra la causa del mundo, el orígen del bien y el complemento de la razon; y que el error consiste en colocar cualquiera de estas tres cosas, ó en el mundo material, ó en la razon humana.* Y la historia de la filosofía, y los errores de los sofistas, prueban en qué abismo tan profundo cae el espíritu del hombre cuando no sube al órden sobrenatural. Mas cuando se eleva, y se une á la fe, entónces la razon llega á su fin, y es la verdad, y despues la virtud. Mr. Royer Collard ha dicho tambien, *que la ciencia del género humano llegará á su más alto punto de perfeccion, cuando penetre y se someta al órden sobrenatural.* Y Pascal, en sus pensamientos, *que la luz de la fe, es la última jornada donde se detiene y donde se perfecciona la razon.*

Está union del espíritu humano y del espíritu de Dios no es la destruccion de la razon, sino su complemento natural. En la mision del espíritu humano, y en su dependencia

del órden sobrenatural está la vida vigorosa y fecunda de la inteligencia y su más elevada y permanente perfeccion. Santo Tomás, el más exacto de los filósofos y el más elevado de los teólogos, ha probado *que la razon humana tiende naturalmente á una doble perfeccion, á la que le es propia y natural como resultado de sus principios y de sus grandes medios; y á la perfeccion, que se deriva de su union íntima y de su inmediata sumision al órden sobrenatural; principio más alto, más grande, y que la fecundiza, cuando recibe la dulce influencia de la fe, sin perder por eso su propia naturaleza, ni la fecundidad de su principio natural.*

Hay en verdad, entre la razon del hombre y el órden sobrenatural, una alianza íntima y reconocida por los primeros sábios antiguos, y especialmente por los génios más esclarecidos del siglo XVII, padre, en verdad, de las ciencias modernas.

Desde el célebre Keplero, teólogos, filósofos, y sábios, hasta Leibnitz, Pascal, Bossuet y Fenelon, han sostenido esta alianza íntima, que abriendo en las ciencias nuevos caminos para llegar, desde la razon humana hasta el órden sobrenatural, produjo la grandeza y fecundidad científica del siglo XVII, época la más luminosa de nuestra historia moderna.

Cuando, por el contrario, se rompe aquella alianza por la falsa filosofía, esta separacion humilla y oscurece el espíritu, atenúa sus fuerzas naturales, y de negacion en negacion, llega por una especie de suicidio intelectual hasta negarse á sí mismo, cayendo en la tenebrosa region del sofisma.

No está por desgracia muy léjos de nosotros el terrible suceso del siglo XVI, en que el hombre rebelde protestó contra aquella alianza para no adorar sino su propia razon. Entónces la colocó sobre el altar, rompiendo con la tradicion y con la fe. Y despues, á fines del siglo XVIII, la célebre protesta se convirtió, con escándalo del universo, en un hecho social de amargos y tristes recuerdos.

Es, por último, tan fundamental para la libertad, y el progreso del género humano aquella union, que los católicos la creemos simbolizada en la misma persona de Jesucristo. *Verbum divinum animam humanam, eam que rationis participan assumpsit.*

Tenemos, pues, sobre el altar católico *la razon humana unida á su Dios.* El que la separa del órden sobrenatural, cambia el altar católico; y coloca sobre él, en lugar de la razon humana, semejante á la del hombre-Dios, la razon degradada ó por el orgullo, ó por la carne, y por el error. Y aquí vemos bajo otra forma reproducida la gran gestion filosófica, que preocupa á nuestro siglo sobre la razon y la fe, y sobre la elevacion y sumision del espíritu humano á la verdad revelada, sin lo cual no es posible que se conserve y vivifique la luz de la razon, ni que las sociedades, en su inmenso desarrollo, descansen sobre fundamentos sólidos.

Aun ántes de la venida de Jesucristo conocian los filósofos los dos estados inherentes á la razon humana; ó concentrada dentro de sí, sin reconocer otra luz superior; ó recibiendo la luz y el impulso del órden sobrenatural; estos dos estados revelan la gran distincion de las dos regiones del mundo inteligible; las *dos vertientes de la historia humana hácia allá, ó hácia acá*, del Monte misterioso, donde se elevó la cruz. Antes del Cristianismo, la verdad era una promesa, un símbolo, una luz opaca, y la filosofía conducia al hombre hácia la justicia, hácia el órden imperfecto, de que era susceptible la sociedad. Despues, la verdad humana subió á la elevada region del órden sobrenatural, y á la inteligencia del hombre se abrió otro horizonte, que los antiguos filósofos no pudieron ver en toda su extension. Desde entónces el espíritu humano, ó se eleva á su segunda region, para recibir la inspiracion sobrenatural, ó no sale de los confines de la razon, y entónces queda privado de la luz verdadera, y cae por otros impulsos en el abismo del error.

De estas opuestas tendencias del espíritu humano, la

ciencia debe combatir lo que degrada la razon, y lo lleva al sofisma, consecuencia del primer error; tambien debe la ciencia combatir la que detiene la inteligencia en el mundo puramente racional, porque extravia y corrompe la humanidad; sosteniendo y elevando la que conduce á la verdadera filosofía, siempre en armonía con la doctrina del Evangelio.

Por olvidar estas máximas inconcusas, el espíritu del hombre ha retrocedido en varios tiempos, y se ha oscurecido la luz providencial, que dirige las sociedades. Así las almas se devoran y consumen dentro del duro y opresivo límite de la razon; así las inteligencias van al error, y las voluntades hácia el mal, y la razon no llega á su fin, ni la sociedad al órden y á la justicia; porque la ciencia desprecia las íntimas relaciones entre la razon y la fe.

Santo Tomás de Aquino escribió dos *Sumas;* una como católico, otra como filósofo. La primera, teológica, para la Iglesia católica; la segunda, filosófica, para los incrédulos y paganos; partiendo en esta de la verdad, en su primer grado puramente humano, como la conocieron Sócrates, Platon y Aristóteles. Y en estas dos obras inmortales, demostró no sólo á los creyentes, sino á los filósofos, privados de la luz de la fe, que existen en la sana y recta razon del hombre los dos grados de inteligencia racional y sobrenatural; que son íntimas, invariables las relaciones del espíritu con la verdad revelada: y que nunca la razon es más poderosa y fecunda, que cuando reconoce y se somete al órden sobrenatural, y cuando oye y corresponde á la venturosa invitacion de la eterna sabiduría.

Aquellas íntimas relaciones entre la razon y la fe, no sólo importa defenderlas contra los racionalistas y contra los sofistas, sino tambien contra los que niegan á la razon humana la facultad de conocer las verdades del órden natural, que sirven de fundamento á la fe.

Este error, que niega á la razon sus facultades natura-

les, al hombre su libertad moral, y á la sociedad su progreso científico, ha resultado por consecuencia precisa de las doctrinas de Lutero, Calvino, Cuesnel y Lamennais, condenadas por la Iglesia católica, como contrarias á la libertad del hombre y á los fueros naturales de la razon. Este verdadero maniqueismo, esta adulacion insensata del órden sobrenatural, esta guerra declarada á la tradicion, á la ley natural y á sus dogmas y preceptos, son errores subversivos de la verdadera ciencia; pues por elevar la fe, deprimen la inteligencia humana, poniendo en peligro la ciencia y el órden sobrenatural. De modo que, así como los sofistas atacan la fe en nombre de la razon, y concluyen con negar la razon misma, así estos nuevos maniqueos desconocen la inteligencia humana, exagerando y desnaturalizando la revelacion.

Ambas doctrinas son inconciliables con la verdadera ciencia, y tambien con la libertad del mundo moral. La sana razon, que defendemos como una de las bases de la civilizacion social, es aquella que no se separa del órden sobrenatural; es aquella que encuentra su luz superior en la fe; es aquella que se eleva al conocimiento de la verdad *por su propio impulso interior*, y que en su inmediato contacto con el órden superior, encuentra su fuerza, para resistir á toda perversion intelectual y moral.

El alma racional del hombre ha sido creada para elevarse, y ver á Dios, como el águila para mirar de frente el sol. El águila mira directamente al sol; pero tambien puede fijarse en su brillante imágen, formada sobre las olas, por la reflexion de los rayos de aquel Si excitada por esta brillante imágen, levanta su mirada y su vuelo hácia el foco de la luz, esta direccion es digna de la reina de los aires, que es tambien símbolo de la sublimidad de nuestra inteligencia. Pero si el águila no mira hácia el sol, y se fija solamente en su imágen sobre las aguas, y se precipita en el abismo, pierde no sólo la imágen, sino la luz del sol; y cuanto más profundiza en esta direccion *inmensa*, mayor es su oscuridad, ma-

yor su extravío; hasta su vuelo puede perder en la impura y pestilencial profundidad del abismo.

De este modo, si el hombre busca solamente, y se contenta con su razon, *imágen de la luz*, y se complace y deslumbra con ella, reflejada la imágen de la luz en el mar de la vida; entónces el alma queda oprimida bajo el peso de su razon perezosa, cambia su natural direccion, y cuanto más ejercita sus facultades *en este órden inverso*, más desciende y profundiza hácia el abismo del error.

Y si por desgracia del hombre (y este es el hombre de nuestro siglo) no sólo se detiene, y se limita á conocer y contemplar la *imágen de la luz* (su razon), sino que se empeña en creer, que el foco de la luz está dentro de su razon, y busca la verdad solamente dentro de sí; entónces se humilla, y se degrada, y pierde hasta la *imágen de la luz*, y desciende por la orgullosa infraccion de su ley providencial, á la region inferior de los instintos, que son entónces ciegos, irracionales y feroces en el órden moral y social.

Esta es la catástrofe de la razon pervertida; y la historia señala muchos filósofos, que por haber buscado la luz en esta *direccion inversa*, han perdido el principio objetivo de la verdad, cayendo despues en el error, y subyugando muy luego la sociedad, bajo la dominacion de las pasiones y de la fuerza.

Así han quebrantado las falsas doctrinas de nuestro tiempo el maravilloso y fecundo dualismo que encierra nuestra vida. Dos séres unidos y semejantes constituyen al hombre; el hombre natural y el hombre sobrenatural. El hombre es la imágen de Dios. El hombre sobrenatural, es el hombre unido á Dios; es Dios, que habita en su imágen, viviendo con ella; resultando de esta feliz union, la armonía de la vida natural y de la vida superior.

En esto se resume la verdadera ciencia, única sobre la que puede sostenerse y progresar la vida social. En todos los tiempos, más ó ménos clara y distintamente, lo han reconocido

así los hombres más eminentes. Cuanto más ha brillado la inteligencia humana en ciertos períodos de la historia, más ardorosa y elevadamente se han consignado y trasmitido de tiempo en tiempo, de pueblos en pueblos, aquellas verdades, tan grabadas por Dios en la razon del hombre, tan desenvueltas en la vida sucesiva de la humanidad; y por esto mismo, tan confirmadas por la historia de la ciencia. Una sola, pero muy esencial diferencia ha existido en el modo de conocer el hombre aquellas verdades. La eterna Sabiduría ordena y subordina siempre los medios admirables á sus altos fines.

Jamas el hombre, desde su creàcion, estuvo incomunicado con su Dios. En los primeros tiempos, los medios de conocer aquellas verdades fueron la razon natural para todos los pueblos, y ademas la ley de Moisés para el pueblo escogido por Dios.

Cuántas veces os habreis admirado, leyendo lo que la razon natural, que procede de Dios, que es la hija predilecta de Dios, inspiró á Platon, cuando decia: *Hay una voz divina que me habla, y que la oigo desde mi infancia, y que dirige mi razon; y esta voz divina dentro de mi alma me manda vivir conociéndome á mi mismo, y buscando siempre la sabiduría. A esta voz debo obedecer siempre, ántes que á la razon.*

Cuando decia: *Hay en nuestra alma una triple vida; y de las tres, la superior nos eleva sobre la tierra, nos lleva á una region celestial, y hace del hombre un fruto del cielo, más que de la tierra; porque en el cielo está el orígen, la raíz, el principio de nuestra alma; es decir, de nuestro sentido divino.*

Cuando decia: *El hombre sin sabiduría y sin virtud cae de la region media, á la baja region de los apetitos carnales, sin elevarse nunca á la region superior, que impulsa nuestro pensamiento hácia lo divino é inmortal.*

Aristóteles tambien escribió: *Hay un movimiento universal, hay una série de fuerzas motoras, y por necesidad un primer motor inmoble, y ese es Dios, que habita en nuestro corazon.*

Aristóteles decia: *Conocer por el pensamiento el bien y el mal, la verdad y el error; es un acto humano que tiene un carácter divino; es la perfeccion y felicidad á que podemos aspirar, por el órden superior que está dentro de nosotros mismos.*

Añadia por último: *En toda la naturaleza, y más en el hombre, se encuentra la distincion de lo que sólo es una facultad, y de lo que, siendo un acto positivo, enlaza el acto con el poder. Y en nuestra alma hay una inteligencia pasiva, y otra que todo lo puede producir. La primera es la luz de la razon. La segunda es el mismo Dios, sin el cual nuestra inteligencia nada puede producir.*

Ved, señores, hasta dónde se elevó la razon humana, aunque siempre interiormente asistida por su autor, pero sin conocer la luz de la revelacion.

Reparad tambien en el auxilio especial que la razon humana, en los primitivos tiempos recibió de la ley de Moisés, y de los grandes ejemplos de los Patriarcas, de los Profetas, de los Jueces y Sacerdotes. Y comprendereis que estos dos medios, la razon humana y la ley escrita, tan misteriosos y tan simbólicos, eran adecuados á la condicion del hombre en su infancia y á la dureza de su corazon, para mantener, á lo ménos, por penas y recompensas temporales, el rigor de la justicia en la sociedad civil; eran como el primer grado de luz, que preparaba los espíritus y los corazones, al tiempo feliz de la *buena nueva*, en que fueron evangelizados los pueblos.

Desde entónces la humanidad, ya en la plenitud de los tiempos, es depositaria y conocedora de la verdadera ciencia. Ved lo que ella inspiró á San Agustin, á Santo Tomás de Aquino y á los eminentes filósofos cristianos del siglo XVII, uno de los más brillantes de la historia. Ved, entre los filósofos griegos y los doctores cristianos, las admirables analogías de su doctrina. Observad que San Agustin fué, en puntos filosóficos muy importantes, el continuador de Platon, y que Santo Tomás lo fué de Aristóteles. Observad con qué claridad la razon de los filósofos antiguos conoció la íntima union de la

ciencia humana y de la inspiracion superior. Y no podrá ya dudarse de que la filosofía y la teología, aunque son dos ciencias distintas, no están esencialmente separadas. Sócrates, fundando la moral, por la purificacion de nuestros afectos. Platon, uniendo la razon humana á Dios. Aristóteles, descubriendo las leyes de nuestra inteligencia. Los Padres de la Iglesia, demostrando las armonías de la verdadera ciencia humana con la luz superior de la revelacion. Y los filósofos cristianos del siglo XVII, elevándose á la manifestacion de la unidad de todas las ciencias sobre las bases de la verdad revelada, demuestran á nuestro siglo, que la mision de las sociedades cristianas es conservar, estrechar más y más la mision natural y civilizadora de la filosofía humana con las verdades del órden superior.

La universalidad de este impulso tradicional y científico, sólo ha sido interrumpida por tres funestos y grandes acontecimientos de doloroso recuerdo.

Por las negaciones parciales de los cismas y heregías, actos aislados, anárquicos, de memoria desastrosa, pero sin importancia en la historia de la ciencia.

Por la protesta luterana, negacion estéril, rebelion contra el principio de autoridad, orígen del racionalismo excéptico y socialista; suceso destructor de la unidad católica, impotente, despues de siglos, para formar una doctrina; poderosa solamente para fomentar por *sus variaciones* la anarquía religiosa, y por sus intestinas discordias, la guerra incesante en las conciencias, en las familias y en las sociedades modernas.

Y por las irreligiosas y antisociales máximas del socialismo *Hegeliano* y Phroudoniano, que son la subversion más profunda que han sufrido en la historia de la humanidad la Religion, el bien y la ciencia. Pero ninguna de estas tres grandes aberraciones de la razon humana, tan desacreditadas ya en las sociedades como en la region filosófica, pueden prevalecer sobre la verdad científica y revelada, tan íntimamente unidas por el Cristianismo.

La verdad es la luz de la inteligencia humana. Pero la razon del hombre no crea la verdad; la descubre ejercitando sus facultades; la conoce cuando se le presenta delante, porque hay entre ambas, sublimes y misteriosas analogias. La conoce por dos medios. La revelacion, medio de conocimiento de lo que es sobrenatural y de lo que es necesario y fundamental en la vida del hombre y de las sociedades. La razon, medio de conocimiento de todo lo que es natural, científico, progresivo, hasta llegar á las verdades sobrenaturales. Y unidas ambas, llega á su perfeccion la inteligencia del hombre, y sabe distinguir las verdades que debe recibir y respetar como fundamento, de aquellas otras que Dios ha dejado á su libre exámen, á su libre discusion, á su resolucion científica y á sus indefinidos descubrimientos.

Esta es, señores, en el órden de la inteligencia, la piedra fundamental, que el Catolicismo sienta con mano firme, para levantar el magnífico edificio consagrado á la verdad, dentro del cual ha de encontrarse siempre la solucion de todos los problemas que lleva tras sí la vida de la humanidad.

Pero sin embargo de que la razon y la fe forman el vínculo admirable y poderoso que une espiritualmente el hombre con su Criador, la sociedad humana con la vida futura; no basta esta doctrina, sobre las leyes de la inteligencia, para que sobre ella descanse sólidamente, y se renueve y progrese la civilizacion de los pueblos.

Si la doctrina católica se limitase á proclamar aquella dichosa y fecunda union, podria considerarse por sus muchos adversarios, como uno de esos sistemas teóricos, que tanto abundaron en todos tiempos: como una combinacion filosófica dentro de la region de la ciencia: como un medio de explicar la misteriosa vida del entendimiento humano, sin influencia práctica é inmediata en la historia y progresos de la humanidad.

El Cristianismo lleva luminosamente las consecuencias de aquella union fundamental *á la region de la voluntad del*

hombre, de su libertad, de su accion interior, exterior, moral y material, dentro tambien de la familia y de la sociedad; é imponiendo al hombre obligaciones explícitas, en todas y cada una de sus acciones, y dándole tambien los medios legítimos de cumplirlas, *sanciona la segunda verdad fundamental, de que así como el espíritu humano debe siempre ir unido al órden sobrenatural; así tambien la voluntad del hombre, ya sea individual, ya social y colectiva, debe siempre ir unida, siempre subordinada á la razon, inspirada por la fe, á la estrella refulgente*, que ha guiado, guia y guiará al hombre en el peligroso camino de la vida.

Así une el Cristianismo todas las regiones de la vida. Así desciende su ley, desde la sabiduría y poder infinitos hasta la inteligencia y voluntad del hombre en todas sus relaciones con su Criador y con sus semejantes. Así penetra en las sociedades el espíritu de Dios, por medio de la razon humana. Así subsiste y resplandece siempre en el interior del hombre, como en la más variada y progresiva civilizacion de los pueblos, la luz que los debe dirigir, y librar del error y del mal.

Esta segunda verdad fundamental del Cristianismo nos lleva al órden moral y al órden social.

Salimos de la region más elevada, entramos en la inferior, para unirlas ambas. De las abstracciones del espíritu, descendemos á las realidades de la vida. Y de la union y subordinacion del espíritu á la fe, pasamos al imperio legítimo, á la dominacion saludable de la razon sobre la voluntad.

San Agustin, en su Tratado sobre el alma, decia: *que no podemos llegar á su verdadero conocimiento sino estudiándola bajo todos sus aspectos.* Y reasumió su gran pensamiento en estas sencillas palabras. *El alma en su cuerpo, el alma en sí misma, y el alma en Dios.* Para conocer el alma y el cuerpo, decia Santo Tomás: *es preciso enseñar que el alma es imágen de Dios, y que el cuerpo es imágen del alma.* Y de estas sencillas verdades resulta, que la ciencia del cuerpo ó la Physiologia; la ciencia del alma, ó la Psycologia, y la ciencia de

Dios, ó la Theología, segun las leyes de la inteligencia y los dogmas de la Iglesia catolica, tienen entre sí relacion muy íntima. Las dos primeras deben auxiliarse y servirse mútuamente, siendo ambas sostenidas por la tercera, por ser ésta la originaria y la fundamental, y el vínculo fuerte entre todas las ciencias. Con todas ellas armoniza el Catolicismo, á todas las fecunda, dilata y eleva. Y aquella trinidad científica, símbolo de dichas tres entidades; se ofrece á la vista del filósofo cristiano como imágen de otra trinidad más elevada y perfecta.

Esta armonía intelectual y científica desciende tambien por la doctrina católica, á la region de la voluntad y de la libertad moral del hombre, cuando éste hace uso de ella, segun las inspiraciones de su inteligencia.

Entónces brilla en la vida del hombre y en la de los pueblos, la armonía en el órden moral y en el sobrenatural. Entónces viven y progresan los individuos y las sociedades bajo el imperio de la inteligencia, de la libertad y de la autoridad. Y esta armonía centuplica el movimiento fecundo y ordenado de la vida privada y de la vida pública.

Es tan fundamental, así en la filosofía como en la vida práctica, la ciencia de las leyes de la voluntad, para dar á la civilizacion humana un asiento seguro, que los que, como vosotros, os consagrais á los estudios morales y políticos, conviene la analiceis en todos sus aspectos.

Resultado natural de las otras dos facultades del alma, la de sentir y la de conocer, tiene la voluntad *su razon* en el deseo interior, que pertenece al sentimiento, al instinto, á la pasion, y tiene *su regla* en la inteligencia, que procede de la razon. No hay verdadera voluntad, que no tenga esta procedencia. La voluntad es el vínculo que une estas dos potencias. Vacila frecuentemente entre las dos; la arrastra el deseo, la solicita el claro discernimiento de la razon, pero la voluntad es árbitra entre los dos; se decide, y resulta el acto libre, imputable, con la inherente responsabilidad moral,

principio inmutable, de donde nace la justicia del merecimiento, y la justicia de la pena.

Cuando la voluntad une en su libre determinacion el deseo que procede del sentimiento, y la razon derivada de la inteligencia; entónces la voluntad ejecuta con la fuerza inmensa del deseo, del sentimiento, de la pasion, y con el claro convencimiento de la razon, del deber y del cumplimiento de los fines de la vida.

La Sagrada Escritura ha elevado esta verdad filosófica á una verdad dogmática. La sabiduría divina, en el libro de los Proverbios, ha dicho. *El deseo justo, ejecutado, es un árbol de vida.* Y Santo Tomás enseñó *que el acto de la voluntad libre, hácia el bien, si procede simultáneamente de la razon y de la pasion, es moralmente más perfecto, que cuando procede solamente de la inteligencia.*

La historia universal ha sancionado esta gran máxima católica y filosófica. Las grandes acciones, que han dejadò tras sí benéfico y perdurable recuerdo en la vida de la humanidad, han sido aquellas que han procedido de un profundo deseo, de una ardiente pasion, de una inteligencia sublime y de una razon superiormente inspirada.

Cuando la voluntad, libre en sus actos deliberados, no resulta de aquellas dos potencias, y sacrifica la razon al deseo, ó la inteligencia á la ciega pasion, entónces el hombre y la sociedad caen en el error, en el desórden, en el mal, en la violencia, en la arbitrariedad, en la fuerza subversiva de los escándalos y de las revoluciones; pierde la luz divina de su inteligencia, y el distintivo de su sér: se degrada, abdica su dignidad en el órden de la creacion; y su conciencia es un oscuro y violento torbellino.

Cuando là voluntad, libre en sus actos deliberados, resiste al deseo, y lo subordina á la razon, entónces el hombre ejecuta el bien, y hasta puede elevarse á la sublime region del *sacrificio.* El sacrificio calificado por los sofistas, como atentado, como herida mortal contra la vida. Y tienen razon; el

sacrificio es la muerte parcial; mutila una de las tres potencias; pero es la muerte justa, la muerte santa, la muerte que conduce á más elevada y perdurable vida. Así lo dijo Jesucristo. *El que ama su vida, la perderá. El que no muere á su propia vida, no es mi discípulo.*

El sacrificio es el triunfo sublime de la libertad. Él es el paso de la muerte á la vida, de las tinieblas á la luz, de la opresion á la libertad, á la emancipacion de los hijos de Dios. Ha sido, y es, en todos los siglos, en todos los pueblos, el sentimiento universal de la humanidad, siempre que ha elevado sus ojos, ó á sus falsos dioses, ó á su verdadero Dios.

Quereis ser libres, decia el gran Bossuet, *salid de vosotros mismos, triunfad de vuestros deseos, refrenad vuestras inclinaciones, y no tengais más voluntad, que la de la razon dirigida por el amor de Dios; porque no sólo hay dos mundos, el de los cuerpos y el del espíritu humano, sino otro, infinito, donde solamente es el hombre verdaderamente libre.*

Gran enseñanza es esta; aquí se ve en la doctrina del Catolicismo, la moral universal, la más elevada psicología, la más profunda methaphísica, los misterios de la lógica descubiertos, y los fundamentos de la ciencia social. Sólo al Catolicismo pertenece enlazar así todas las ciencias y enaltecerlas en su fecunda unidad.

Sosteniendo la idea luminosa del sacrificio, no tememos menoscabar la humana libertad. Exagerando *el falso misticismo lo que el mismo llamaba santa indiferencia*, llegó á extinguir la voluntad humana, absorbiéndola en la voluntad de Dios. Pero la Iglesia condenó esta doctrina como contraria al libre arbitrio, y al dogma de la imputabilidad. El Cristianismo no suprime ninguna libertad; sólo aspira á conservar, á proteger el libre arbitrio, y á que el hombre sea plenamente libre, inspirándose en la ley, y en el amor de su Dios.

Así el sacrificio, es el acto más vigoroso, y elevado de la voluntad; es el grado más eminente de la vida moral, que con abnegacion de lo que es instable y perecedero, vuela hácia el

soberano bien; llenando así la voluntad sus fines; como la razon humana los cumple, cuando por su inteligencia se eleva al órden sobrenatural.

Tal es el verdadero objeto de la *voluntad libre*, de la libertad humana, solamente puesta en duda por los sofistas y por sus víctimas; y sin embargo, esta libertad es uno de los mayores misterios de nuestra naturaleza.

La condicion suprema de este incomprensible privilegio, que en lo criado sólo el hombre tiene, pues sólo el hombre es libre á imágen de su Dios, es la ley de la obediencia, obediencia por el amor á los preceptos de Dios. *Somos libres para obedecer, somos esclavos cuando no obedecemos*. Y aquí debemos todos admirar lo sublime de aquella máxima de Bossuet, en su Historia de las variaciones, *el hombre va por la obediencia á la libertad, y por la independencia á la servidumbre.*

Contradictoria parece esta *libertad obediente*; pero sin embargo, esta obediencia es una verdad fundamental en el órden intelectual y moral. No somos inteligentes, ni somos libres por nosotros mismos, sino con relacion, y con dependencia de Dios. Somos libres, somos inteligentes por *participacion*. Así lo sostuvo Fenelon, defendiendo la doctrina católica sobre la libertad del hombre, y demostrando que *cuando la inteligencia y la razon, recibidas en participacion, aspiran á la independencia, se oscurecen y se pierden, y que sólo subsisten y progresan, cuando obedecen.*

Los sofistas repugnan y combaten esta doctrina, porque hay efectivamente en nuestro espíritu una tendencia á vivir y pensar *por sí solo*, á no apoyarse sino en sus propias fuerzas, á buscar en sí el principio de todo. Este abuso de la razon es claramente *el egoismo del espíritu*, que aparta así nuestra turbada inteligencia de la razon universal.

Este mismo vicio se presenta en el órden moral cuando la voluntad se concentra en sí misma; no se eleva á la regla que debe dirigir la accion, y aspira á la libertad é independencia, menospreciando la condicion y el fin que el Criador impuso y

señaló al hombre, al otorgarle el singularísimo don de la libertad.

No teniendo el hombre en si la vida; derivándose ésta de Dios; cuando el hombre se aparta de su Criador, y busca dentro de sí mismo la ley de su vida, el centro de su actividad, el hombre se extravía, consume sus fuerzas, vicia sus facultades, y en vez de progresar y subir, retrocede y desciende.

Pero si reconoce *que en la facultad dé querer*, y en el ejercicio de su libertad depende de Dios, y se dirige al fin que le señaló, entónces, obrando así, libremente y por amor, la raíz de la libertad humana no sólo se fortifica y extiende, sino que por la influencia benéfica de la voluntad superior, se desarrolla y fructifica; entónces la voluntad del hombre, que es débil, limitada, en peligro inminente hácia el mal, causa frecuente de su ruina, se trasforma, se engrandece y dilata acercándose y uniéndose *á la libertad infinita, que sólo reside en Dios.*

Dos caminos se ofrecen al hombre en el discurso de su corta vida para que *elija libremente*, ó para su bien, ó para su eterna responsabilidad; el de la obediencia en el amor cordial é intelectual, ó el de la independencia en el egoismo de su espíritu y de su corazon. Entre estos dos caminos tiene la facultad de elegir. Si toma el primer camino, el hombre dice á su Dios: *tu voluntad y el movimiento de tu corazon, y la inteligencia de tu espíritu son, por mi amor y por mi obediencia, mi inteligencia, mi voluntad, y el impulso de mi corazon.* Pero si toma el segundo, se declara independiente de su Dios, pierde la luz sobrenatural, queda aislado dentro de sí, y se esteriliza y degrada en el egoismo del espíritu y del corazon, perdiendo tambien la libertad.

Aspiremos, señores, por la ciencia verdadera, á la verdadera libertad, hija de la obediencia *por amor*. No suframos que se profane esta virtud evangélica, con el egoismo y con la licencia que conducen á la servidumbre. Curémonos nosotros los primeros, de la flaqueza y dolencia tan arraigadas en nues-

tro siglo, de unir y vincular la libertad humana, no en nuestra interior mejora moral, sino en las formas políticas, que tan fácilmente la prometen, que por medios tan terribles se alcanzan, y que tan amargos desengaños producen.

Aspiremos por otros medios *á la sustancia de la libertad*, á la libertad moral de las almas, para que aquella pase, de nuestras inteligencias á nuestros corazones, de nuestros corazones á nuestras obras, de nuestras obras á nuestros hábitos y costumbres, y de éstas á nuestras leyes; para que tambien la vida del Estado, se extienda y asegure en el órden y armonía de todas las gerarquías, é intereses sobre las bases de la inteligencia, del amor y de la justicia.

No nos contentemos nosotros *ni con libertades ilusorias*, ni con una ciencia instable, estéril, orgullosa, que sólo se imprime sobre la memoria, que se queda como en la superficie del espíritu, sin penetrar en el centro fecundo del pensamiento. Aspiremos, al mismo tiempo que á *una verdadera libertad, más de las almas que de los cuerpos, á una ciencia interior sólida*, modesta, vigorosa, activa, progresiva, civilizadora, digna de la elevacion y de los desengaños de nuestros tiempos; á la ciencia, que enseña la verdad y el bien, para penetrar en la region de la inmensa luz; y que cumple la voluntad de Dios, para llegar al conocimiento de su doctrina, depositada en el seno de la Iglesia Católica.

Tampoco basta una voluntad, ni un amor pasivos, indolentes, sin raíz ni vida en el corazon. Sino que debe aspirarse *á un amor*, á una voluntad, que inspirándose siempre en la de Dios, sea efectiva, activa, incesante, progresiva como la de nuestro Padre, *que obra sin intermision;* una voluntad que trabaja, que sufre, que adelanta, que vence obstáculos, que abre nuevos caminos, que indaga y analiza; que roba á la naturaleza sus secretos, que aplica sus leyes á la ventura del género humano, que descubre la grandeza de las obras de Dios. Una amorosa aspiracion siempre elevada, que enlaza dulcemente la obediencia y el amor; que ilumina, vivifica y dilata nuestra existencia.

Esta union, esta actividad, esta tendencia á realizar el bien, es uno de los instintos más legítimos de la vida humana, es la pasion de los génios eminentes, es la verdadera vocacion del hombre, que sigue el impulso, el movimiento ascendente, hácia su Criador, que abrió delante del hombre las regiones de lo infinito, para que lo glorificara, y él mismo se engrandeciese delante de todas las criaturas.

Otro de los maravillosos aspectos, quizás el más extraordinario, que ofrece la voluntad del hombre, segun la doctrina católica, es su admirable combinacion, no sólo con el movimiento progresivo y civilizador de los pueblos, sino con la libérrima accion de la Providencia divina.

Los sistemas filosóficos, que no han conocido ni explicado bien la razon del hombre, ni tampoco las leyes invariables á que está sujeta su voluntad, son los que no comprenden, *libres* y *simultáneas*, la accion de Dios y la accion del hombre.

Los sofistas de todos los tiempos han mutilado en el hombre la facultad de entender. El racionalismo ha mutilado tambien la facultad de querer. Y sus errores sobre ambas facultades, han hecho para ellos insoluble el problema de la libre accion del hombre y de la libérrima accion de Dios. Desdeñando la ciencia profunda de los grandes Doctores de la Iglesia, han desconocido el verdadero orígen de la libertad humana, que brota naturalmente del entendimiento y de la voluntad del hombre, regidos segun la ley de Dios.

Un sér dotado, segun hemos dicho, de un sentido externo en relacion con la naturaleza visible y material; de un sentido íntimo correspondiente á su espíritu; y de un sentido sobrenatural en participacion con su mismo Criador; y que á estas facultades reune la de comparar, elegir y querer, es por necesidad un sér dotado de libre voluntad. Vá siempre la libertad del hombre por los caminos que le desembaraza su voluntad, y que ántes le ha señalado su inteligencia. Son tres facultades, que se condensan en una, que es, el acto libre, meritorio y responsable en el órden moral.

La libertad humana, que resulta de estas tres facultades, es un poder terrible, inmenso, sobrenatural, pasa los límites de lo finito, llega hasta Dios mismo, cuya ley divina el hombre por sí solo puede quebrantar, venciendo, limitada y flaca criatura, á su mismo Criador.

No es extraño que el hombre se haya en todos tiempos, y más en los presentes, enorgullecido con tan altísima potestad, y que con tanta frecuencia haya caido, por el orgullo, en el abismo de la rebelion y de la más ingrata deslealtad.

Pero al lado de este poder, inexplicable para la razon, y sin solucion en *la filosofía racionalista incompleta*, están sus condiciones inflexibles, derivadas de la misma naturaleza del hombre. Depende, como hemos dicho, este poder (sin el cual tampoco puede explicarse la historia) de la inteligencia y de la voluntad, que son los dos medios puestos en manos del hombre, para ejercer el soberano poder en la tierra.

Si la inteligencia y la voluntad le elevan hácia la verdad y hácia el bien, el hombre, sometiéndose á la soberana voluntad de Dios, que es siempre el bien infinito, merece, y se salva. Si lo arrastran al error y al mal, abusa de su poder, y muere. Y como en verdad, así la facultad de entender como la de querer son en el hombre imperfectas; pues ni conoce cuanto hay que conocer, y siempre está expuesto al error; ni quiere siempre cuanto debe querer, y vive constantemente expuesto á ser vencido por el impulso del mal; de aquí la limitacion é imperfeccion de la libertad humana. Delante del hombre, en su mismo corazon, y á todas partes, y en todas edades, lleva la luz de la verdad y el conocimiento del bien; es decir, la voluntad y la ley de Dios. La facultad que el hombre tiene de seguir, ó no esta ley; los peligros, que por los errores de su inteligencia, ó por los vicios de su voluntad, le rodean perennemente, de no entender ni querer bien, revelan lo limitado, lo imperfecto, lo peligroso de la libertad del hombre, tan ensoberbecido con su libre arbitrio, delante de la ley de Dios.

La libertad, que por el error y el vicio conduce al mal, á la infraccion de la ley divina, *al triunfo momentáneo del hombre sobre Dios*, y á la muerte del rebelde y del pecador, es tambien la muerte de la libertad humana, y la subversion más profunda del órden admirable de la creacion.

La libertad, que por la inteligencia de la razon y por la rectitud de la voluntad, vá hácia el bien, sometiéndose y cumpliendo los preceptos del Criador; es la libertad por la que Dios queda triunfante, y el hombre eternamente premiado; uniendo y armonizando en obediencia, y por amor, su libre accion con la voluntad divina; esa es la libertad perfecta, la única que llega á su fin; la única digna del hombre; la única que lo salva de la muerte; la única que lo hace feliz en esta vida, y lo identifica con su Dios, llegando á ella por el sacrificio de lo material y perecedero, para obtener lo que sólo es espiritual, dichoso y eterno.

¿Quién al considerar, en el gran cuadro de la historia humana, alguno de esos poderes gigantescos, que de cuando en cuando se han levantado para sojuzgar las sociedades, se atreveria á ensalzarle, no por su justo y ordenado ejercicio, sino por la enormidad de sus mismos excesos? ¿Quién al ver á un padre ensañarse dentro de su familia, y convertir en esclavos á sus hijos propios: á un Soberano violar todos los derechos, erigir su arbitrariedad en ley suprema, convirtiendo el poder legítimo en instrumento de sus pasiones, sostendria, que la elevacion y grandeza de semejante autoridad, se fundaba en el mismo quebrantamiento de sus altos deberes?

Pues tampoco la ciencia filosófica sostendrá, que la esencia y perfeccion del libre arbitrio humano pueden consistir en la rebeldía del hombre, cuando por medio de su libertad, escoge el mal, viola la ley eterna, cayendo por esta abominable victoria, en el profundo abismo de la muerte.

Toda facultad, todo poder, expuesto á incurrir en el error, y á ser arrastrado por el impulso del mal, es un poder

imperfecto y peligroso. Y se equivocan los que sostienen que lo más elevado del arbitrio humano consiste en la facultad de elegir, hasta lo que es contrario á la voluntad de su Dios.

Porque la inteligencia humana se oscureció despues de la caida trascendental del primer hombre; porque desde entónces contrajimos las gravísimas dolencias del error y del vicio; porque el orgullo y la falsa ciencia fascinaron nuestros sentidos y nuestros espíritus; porque el sensualismo y el arrogante espíritu de independencia penetraron desde entónces en el corazon del hombre, por eso conservamos en daño nuestro, y en degradacion de nuestra especie, la tremenda y misteriosa facultad de elegir el mal, y de perdernos como hijos ingratos, en rebelion contra Dios, á quien desafiamos, con abuso de la libertad, á combate de muerte, siendo nuestro Padre.

Sólo los que conocen la verdad, sólo los que obran el bien, llegando á esta venturosa elevacion, hasta por el sacrificio, son los verdaderamente libres. Así lo ha declarado el Evangelio, *cognoscitis veritatem, et veritas liberabit vos*. No es el hombre esclavo por someter sus acciones á la ley de su Criador. No es el hombre esclavo, por no pertenecerse à sí propio, ni por estar bajo la autoridad de su Dios. El hombre es esclavo, cuando elije y obra el mal, y cuando se somete á la usurpacion de los tiranos, en guerra contra las supremacías legítimas. El hombre es libre cuando admite, y une su razon y sus obras al órden sobrenatural, y cuando respeta y obedece á las autoridades constituidas. Ni la ciencia ni el derecho reconocen más esclavitud, que la de los que caen bajo la detestable dominacion de la tiranía. Ni otra tiranía que el injusto poder de los usurpadores. Ni otra libertad que la espontánea sumision y la libre obediencia á las potestades legítimas.

Así explica la verdadera ciencia, la libertad del hombre, y la obediencia, que siempre debe á su Dios. Resistid esta elevada solucion del problema, insoluble para los sofistas, é

inmediatamente caereis, ó en el absurdo de negar la libertad, contra el íntimo y universal sentimiento humano, haciendo inexplicable la vida interior de todos los hombres, y la historia de todos los pueblos; ó caereis en el panteismo, confundiendo á Dios y á la criatura, negando ademas dos verdades fundamentales, á saber, que Dios es perfecto esencialmente, y que el hombre es, despues de la culpa, esencialmente imperfecto.

En estas aseveraciones de la doctrina católica, está la explicacion luminosa del bien y del mal, problema tambien insoluble para la incompleta filosofía, y que tan lamentables extravíos ha sugerido á los doctores del sensualismo, y del panteismo. El bien y el mal forman el tegido de la vida y de la historia, y sin embargo hay entre ellos un invencible antagonismo. Son los dos polos del mundo moral, y tienen no obstante opuesta procedencia. El bien, que es el órden en la armonía universal, procede de Dios; el mal, que es la perturbacion de la paz y de la armonía por la discordia y la guerra, procede del hombre. El bien lo veis sin interrupcion en el órden sobrenatural, y en el órden físico universal. *El mal sólo existe en el órden moral*; *es decir*, *en la region de la voluntad humana*. El bien es una afirmacion luminosa; el mal es una oscura negacion. El bien es permanente y eterno. El mal es accidental, limitado y temporal, hasta que la voluntad del hombre y sus efectos vuelven al centro que Dios les señaló, restableciéndose despues la armonía universal.

Estas sencillas aseveraciones del Cristianismo, destruyen, hasta en sus fundamentos, las falsas doctrinas, que en tiempos antiguos, y más en los modernos, han enseñado y enseñan los que sólo buscan la verdad, ó en las fuerzas é impulsos del mundo material, ó en la insegura y opaca luz de la razon humana, incomunicada con el órden sobrenatural, ó en la absorcion monstruosa panteista, que ha escandalizado al mundo con la blasfemia de *Dios es el mal*, formando *un solo sér eterno* del mundo físico, de la criatura racional, de los séres angélicos, y del Supremo Hacedor.

Fácil fuera en este lugar analizar, y victoriosamente combatir, estos errores lamentables; pero el Cristianismo, centro de todas las más altas soluciones científicas, nos ofrece, sobre el bien y el mal, la verdad tan sencilla, tan patente, tan fecunda, tan instructiva, que siendo el orígen del mal un hecho histórico, una de las primeras tradiciones del género humano, un sentimiento universal de todos los pueblos, una doctrina científica, y un consuelo para la humanidad, es ademas una inefable esperanza, que nos impulsa á vencer en nosotros mismos, la causa primitiva y permanente del mal, y á elevarnos por nuestra propia voluntad y con el auxilio superior, hácia el eterno bien.

Efectivamente, todos estos caractéres tiene la doctrina católica sobre el bien y el mal. Triste es encontrar, en nosotros mismos, el gérmen originario y permanente del mal, heredado de nuestros padres, que trasmitiremos tambien, y que otros, como nosotros, heredarán. Triste es sentir en nosotros mismos, miéntras vivimos, á cada instante por muchos y frecuentes motivos, lo que al perder, por la culpa, su dicha y su libertad, sintieron nuestros primeros padres, perturbando la armonía universal, pesando desde entónces sobre el género humano, en guerra, rebeliones, discordias, escándalos, despotismos y revoluciones, las consecuencias del abuso de nuestra innata libertad.

¿Por qué se ha fatigado tanto la ciencia filosófica independiente, en buscar en el mundo el orígen del mal, cuando lo llevamos, como nuestros padres, dentro de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, y lo trasmitiremos á nuestros hijos, con la imperfeccion de nuestra voluntad, separada de la voluntad y de la ley de Dios?

En la tristeza profunda, que causa la terrible idea del mal, de gran consuelo es la enseñanza del Cristianismo, que si el mal existe es obra del hombre, bueno por esencia, malo por accidente y por su culpa: y que por los mismos medios con que causó el mal, es decir, por su inteligencia y por su vo-

luntad fascinados, puede hacer el bien, disipando la perturbacion, restableciendo la armonía en el mundo moral, y en el mundo físico, unidos ambos, por analogías tan positivas como misteriosas.

Causa admiracion ver los medios tan sencillos y tan maravillosos, por los cuales la verdadera ciencia presenta la solucion de los más oscuros problemas.

Si del abuso de la libertad nació la perturbacion moral y física del género humano, y de ésta su degradacion y la pérdida de inefables bienes y la orfandad del hombre, separado de su Dios, y las privaciones de consuelos inexplicables. Tambien de estas naturales consecuencias del abuso de la libertad, nació en el hombre el conocimiento del pecado cometido, el arrepentimiento de su prevaricacion, y el dolor de verse desposeido de los dones que habia recibido de su Dios.

En este arrepentimiento, y en este dolor, donde estaba la desgracia y la pena merecidas, se vieron tambien la justicia y la gracia de la redencion. Con cuyo auxilio, aceptados por el hombre el dolor y el arrepentimiento, la pena, acto de justicia, se convirtió en saludable medicina, emanada de la misericordia de Dios. Y así, de donde habia nacido el mal, nació el remedio; y la reconciliacion, de donde la enemistad; y la sumision y arrepentimiento, de donde procedió la culpa y la rebelion contra el precepto de Dios.

Cambiado así el estado interior del hombre, sometida la rebelion del espíritu, rendida el alma culpable, los sentidos obedecen á la voluntad, vuelve ésta bajo el imperio de la inteligencia, que reconoce sus deberes; y cumpliéndolos, vuelve el hombre por sí propio, con el auxilio de la gracia, á obedecer y adorar á Dios. Y así el hombre, que fué tan poderoso para perturbar la armonía universal, la restablece, sobreponiéndose á las inspiraciones del error y del vicio, quedando así unido á Dios por el vínculo de los deberes, que culpablemente quebrantó.

Esta es la solucion que el Cristianismo ofrece á los sábios sobre el bien y el mal.

Y aquí se advierte la esencial diferencia entre las soluciones del Catolicismo, tan sencillas, tan prácticas, tan luminosas, y las que ofrece al hombre y á los pueblos la doctrina de los sofistas. El socialismo cree, que todo el mal está en la organizacion de la sociedad, y busca el bien en el trastorno profundo de las sociedades, ideando utopias inconciliables hasta con la naturaleza del hombre. El racionalismo deriva el mal de la dependencia impuesta á la razon; y en busca del bien, rompe toda relacion con la tradicion, el órden sobrenatural y hasta con el mundo físico, y priva al hombre de su vida instintiva y de su vida superior. Y el moderno liberalismo excéptico, creyendo que el mal resulta de las formas del gobierno, trastorna los existentes, convierte al súbdito en Soberano, vicia las raíces del poder público, introduce la corrupcion en la esfera de la voluntad, y proclama una libertad disolvente del órden social y político.

Podiamos aquí presentar sucesiva y ordenadamente una numerosa série de problemas filosóficos, morales, sociales y políticos, demostrando que ni la filosofía sensualista y panteista, ni la escuela exclusivamente racional, ni el comunismo socialista, ni el liberalismo excéptico moderno, tienen en sus doctrinas soluciones satisfactorias ni ventajosas para el bien del hombre ni de los pueblos; y que sólo el Catolicismo puede resolver los altos problemas, de los cuales depende la vida y el progreso del género humano.

El Cristianismo solo es el que siempre ha enseñado y enseña que todo lo criado fué bueno cuando recibió el sér del Supremo Hacedor, que en la desobediencia del hombre tuvo el mal su orígen, y que el mal desde entónces ha residido y reside originalmente en el interior del hombre.

Y las leyes del Cristianismo, para obrar el bien en el hombre y en la sociedad, se han dirigido siempre á la reforma, á la mejora de su vida interior, intelectual y moral.

Y éste es uno de los más admirables aspectos del Cristianismo. Otras enseñanzas filosóficas se limitan á la ciencia abstracta, á las teorías trascendentales, á la demostracion de la verdad; y despues, ésta queda como una luz aislada, como un resplandor lejano, que se oscurece y enfria sin el auxilio y accion de la voluntad. Y por eso, han pasado sobre la humanidad tantas escuelas, y sectas, y enseñanzas, sin influencia en la vida de los pueblos. Este carácter tuvieron las escuelas filosóficas anteriores al Cristianismo, y tambien las abstracciones incompletas racionalistas de nuestros tiempos; en discordancia manifiesta la ciencia de los doctores, con la vida práctica del hombre y de los pueblos.

No así el Catolicismo, que de la region de la inteligencia desciende inmediatamente á dirigir la voluntad, á fortificar su accion, imponiendo deberes, sancionando derechos, consagrando la libertad, y uniéndola vigorosamente con la sumision y obediencia, bajo el imperio *de la autoridad de la conciencia;* juez del individuo y del poder público, poder incorruptible, interior, que califica justamente las acciones, los deseos, hasta los más escondidos pensamientos.

Tan poderoso como es el Cristianismo para dirigir y dominar las voluntades, es terrible y severo en señalar sus vicios, en patentizar las flaquezas, los errores y abominaciones que, consumiendo estérilmente las fuerzas vitales, conducen á la muerte material y moral del hombre y de los pueblos.

Hay, señores, en esta doctrina un maravilloso y fecundo artificio para engrandecer y santificar al hombre, fortaleciendo tambien la vida ordenada de las sociedades.

Esta doctrina pone en mano del hombre los grandes medios de su libertad intelectual, moral y física, y tambien pone delante de su vista, en el camino de la vida, los peligros y los males, para que usando de su libertad, los evite. Y el anatema, que contra unos y otros fulmina, lo ofrece, más como preservativo saludable, que como riguroso castigo del egoismo, raíz y orígen de todos los pecados y de todos los delitos.

Dos grandes bellezas resplandecen en el interior del hombre, *la razon y el amor*, que iluminan y fecundizan la vida del hombre; pues dentro de estos dos grandes dones de su Criador, ingiere el hombre, *degradado por la culpa*, dos ingratitudes lamentables, *dos egoismos subversivos*, que introducen el desórden y la descomposicion en su inteligencia y en su voluntad, extraviando ésta y oscureciendo aquella, en mengua y daño de su libertad verdadera, y de la union feliz con su Dios y con sus semejantes.

El égoismo es el error, y es el mal. Es el amor desordenado, hasta el olvido, y desprecio de lo que no es nuestra propia personalidad; hasta el olvido y desprecio del órden, del bien y de la justicia. Para no condenar el egoismo, los sofistas modernos han negado el mal, y han enseñado *que el bien y el mal no son tan opuestos, como muchos piensan.* Pero doctores eminentes han escrito, que el egoismo no sólo es el mal, sino el primer enemigo del hombre, que se devora á sí mismo y trastorna todo vínculo y relacion social.

El egoismo del espíritu es el primero y el más terrible de los egoismos, como la inteligencia es la primera y más elevada de las facultades humanas. El egoismo del espíritu, *es el orgullo*; es decir, *el abuso de la luz*, que la oscurece y la limita á la muy débil razon individual. Del orgullo nacen los extraños fenómenos intelectuales, que nos sorprenden en la vanidad científica de nuestro siglo. El orgullo es esa insaciable sed de honores, distinciones y dignidades, que excitan las discordias, las rivalidades, y todas las ambiciones. El orgullo es la causa de esta dispersion, de este aislamiento, de este individualismo científico, que desde los primeros dias de la pubertad intelectual, se manifiesta en nuestra juventud, que rompe por sí sola contra las más arraigadas tradiciones; que tiene por vana la experiencia de los siglos, y la sabiduría de los ancianos; que protesta contra los más respetables y constantes pensamientos del género humano, que desconoce la autoridad de los génios más elevados, y que niega el patente

resplandor de las verdades morales y religiosas, anteponiendo á la ciencia de siglos y siglos, el indócil y altivo juicio de su muy limitada y enferma razon. Sin que los padres, ni los doctores, ni la Iglesia, ni la sociedad, ni la tradicion, ni los grandes hombres, ni los sábios de los siglos ilustres, ni potestad alguna humana, ni divina, sean delante de tan insoportable insipiencia, sino error, alucinamiento, hipocresía, supersticion, y tinieblas. Tal es, el *orgullo intelectual*, distintivo característico de nuestro siglo.

En el centro de otra de las potencias del alma, que es nuestra libre voluntad, donde el Criador colocó la segunda gran belleza, ingirió tambien el hombre otro vicio, *otro egoismo*, el egoismo de los sentidos, *la sensualidad*, *el abuso del fuego*, como lo explica un filósofo moderno.

Aquel calor interior, destinado á dar vigoroso movimiento al corazon del hombre, y á su voluntad fortaleza y elevacion, y á su sangre fecundidad legítima; un egoismo perverso, una concupiscencia, prematura quizás, y siempre funesta, lo separa de su destino legítimo. Así *se abrasa y quema*, segun decia el Patriarca Job, *la vida del hombre, en sus más fecundos gérmenes, en sus más profundas raíces.*

Así devora el egoismo de los sentidos, lo más distinguido de la naturaleza humana; la vigorosa hermosura de su cuerpo, la hidalguía y nobleza de sus pensamientos, la grandeza de las miras, las inspiraciones del génio, los gérmenes del heroismo, y los progresos de la edad adulta y madura, como dice el libro de la sabiduría. *Cinis es enim cor ejus*. Así se corrompen las costumbres, se mancha la vida, se pierde la virtud, se hace imposible la santidad; la piedad se ridiculiza, se aflojan los lazos de la familia, se menosprecia la amistad, se enfria el ardoroso impulso de la caridad, del amor del prójimo, y caen los hombres y los pueblos, en la disolucion moral más degradante y vergonzosa.

Recordemos, al ver el espectáculo, que ofrece la edad presente, que por este egoismo perecieron ignominiosamen-

te las antiguas sociedades paganas, donde el sensualismo repugnante llegó á ser (como dice San Agustin en su Ciudad de Dios:) *una enseñanza pública, un culto público, donde á nombre del Estado y de la Religion, se ejecutaban, como deber civil y religioso, los crímenes más abominables, por edictos solemnes de los Pontífices y de los Emperadores, como medidas de administracion pública.*

Convenzámonos de que si las sociedades modernas, despues de poseer dichosamente las verdades, los sentimientos de la caridad y del sacrificio, no progresan rápida y sólidamente, y se detienen y languidecen, y se conturban en los caminos de su engrandecimiento, es porque en su seno, cada dia es más terrible la lucha entre lo que enseña el Cristianismo y entre las poderosas influencias de las falsas doctrinas.

Que la verdadera ciencia libre al hombre y á las sociedades de esta profunda conturbacion, de esta perplegidad tan angustiosa, así para los corazones amorosos del bien, como para los elevados espiritus.

El camino es seguro, luminoso, patente, como todos los que ofrece el Catolicismo para librar la humanidad de las peligrosas sendas de los sofistas, que la llevan á la degradacion y á la muerte.

Siglos y siglos há, que la Sabiduría divina ha dicho, y la historia de todas las edades lo acredita, que el principio del mal está en el desordenado amor del hombre hácia sí mismo. Y la consecuencia que los doctores de la ciencia moral y social deben sacar de aquella verdad tan sublime, como sencilla, es que la salud del género humano está en vencer el egoismo. La victoria sobre el egoismo consiste *en el sacrificio.* Y el sacrificio es el acto libre, esforzado, de la voluntad *obediente por amor*, que sale de sí misma, para ir hácia Dios, amando á sus semejantes.

Un sábio, distinguido en la ciencia moral, ha dicho, que todas las grandes cuestiones morales pueden encerrarse, para su solucion, en esta sencilla y profunda fórmula. *Salir el hom-*

bre de sí, ó permanecer dentro de sí. En ella está la història del hombre, y el drama de su vida moral; y cuando ademas se consideran sus relaciones con la naturaleza sensible, y con las cosas exteriores, entónces el bien consiste en salir del órden físico, para entrar dentro de sí, y en salir de sí, amando á sus semejantes, para elevarse al Padre comun. San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales habian escrito ántes que Fenelon y ántes que Bossuet, en su famoso panegírico de San Benito, que la ley universal de la vìda, que la ley del progreso permanente y verdadero, consistia en aquellas tres palabras que le sirvieron de texto. *Egredere. Egredere. Egredere.* Salid, salid, salid constantemente de vos mismo. Subid, subid constantemente hácia el autor de la vida. Porque el bien y la virtud no es un estado del alma, que descansa dentro de sí mismo, sino un movimiento, un esfuerzo, un vuelo del espíritu fuera de sí, elevándose á Dios, para cumplir su voluntad benéfica.

Esta idea *del sacrificio* ha sido en todos tiempos y en todos los pueblos, una idea universal, un hecho inspirado á la humanidad.

En los siglos en que el género humano no conocia más ley, ni más luz, ni más esperanza que la ley natural, el sacrificio era una especie de purificacion, necesaria para restablecer el estado anterior; era un medio obligatorio para borrar la impureza.

Pero desde que Dios habló al hombre, y especialmente desde la revelacion evangélica, el sacrificio fué un acto más radical, más necesario, más profundo. Siendo el hombre necesariamente finito, y Dios infinito por necesidad, el sacrificio, en el mundo cristiano es el medio universal para unir lo finito á lo infinito, y el mundo y el hombre á su Dios. Ántes, el sacrificio, para ser purificador, era material y á veces sangriento, accidental y temporal. Desde la ley cristiana, el sacrificio fué y es moralmente necesario, incruento, y eterno en sus resultados. *Mi alimento*, dijo la Sabiduría divina, *es hacer*

la voluntad de mi Padre, que me ha enviado. Y el que no muere á su propia vida, no alcanzará la regeneracion. Así ha perfeccionado en todos conceptos el Cristianismo la imperfeccion de la ley natural.

Por último, el Catolicismo, sobre los grandes medios de nuestra naturaleza física, sobre las facultades de nuestra inteligencia, sobre la region de nuestra libertad moral, confirmando tambien la ley, y la religion natural, ha elevado y fortalecido dentro de nosotros mismos, un poder irrecusable, un juez supremo, que califica nuestras acciones, nuestros juicios, nuestras voluntades, y hasta nuestros más íntimos y secretos pensamientos.

Este poder moral es la *conciencia,* que nos impulsa hácia el bien, que nos sostiene en las adversidades, que alimenta nuestro corazon con la esperanza, que nos demuestra la vanidad instable de nuestra vida; que nos contiene, y amenaza en el acceso de nuestras pasiones; que lleva á los engañosos caminos del mal, temores espantosos, lúgubres presentimientos, vencidos sólo por una desatentada libertad; un poder moral, que se levanta contra nosotros, dentro de nosotros, condenándonos, cuando ejecutamos el mal; que eleva su voz y nos perturba, y no quiere callar; que suscita en los remordimientos, otros tantos implacables enemigos de los goces y alegrías del prevaricador. Este poder, que nos domina, superior á nuestra voluntad, que es nuestro freno, y nuestro impulso, y nuestro soberano interior, es la voz de Dios, que siempre nos llama hácia sí; es Dios mismo, que tiene sentado su trono sobre nuestro corazon; es, por último, como dice San Agustin, *el altar, en que el alma sacrifica á Dios, para redimir su libertador.*

Tales son, señores, algunas de las bases sobre que descansa la doctrina católica; única que abraza en sus preceptos cuanto es el hombre, en todos los tiempos, en todos sus estados y condiciones, en todos los períodos de su vida individual, en todas sus obligaciones y facultades, en sus derechos, sus esperanzas y aspiraciones.

No hay en el órden moral verdad que el Cristianismo no haya proclamado, ni error que no haya combatido, ni virtud de que no haya dado ejemplos insignes. La verdad ha sido entre los cristianos, tan santa como la libertad; y el error tan abominable, como ilegítima y odiosa la servidumbre del hombre.

Recórranse las doctrinas filosóficas antiguas y modernas que están fuera del Cristianismo, todos los sistemas, religiones y sectas, que han sido objeto del estudio y enseñanza de los hombres, y se observará, no sólo que ninguna abraza la verdad completa, sino que sus rayos luminosos les deben á la luz y á la verdad del Catolicismo. Ved sino el estado de los pueblos que lo perdieron; y despues de siglos y siglos, los encontrareis sin movimiento, ni progreso, en un estado abyecto de interior corrupcion, y de verdadera servidumbre.

Desde lo alto de la Cruz se ven con toda claridad *las dos pendientes de la historia humana.* Detras de la Cruz, abriendo el gran libro de la historia, ved lo que era el hombre, las sociedades, los grandes imperios, aun en sus dias más brillantes: meditad, qué ciencia, qué moral, qué religiones dirigian los destinos permanentes de la humanidad; sin defensa, ni luz, ni contra las pasiones, ni contra los errores más groseros. Considerad qué instituciones tan opresivas, qué leyes tan injustas, qué costumbres tan corrompidas, y os convencereis, de que aun en aquellos periodos brillantes y gloriosos de las repúblicas antiguas, los resplandores de la ciencia antigua, solamente se levantaron á gran altura, y se convirtieron en fecundos elementos de duradera civilizacion, cuando sobre el horizonte apareció *la estrella de luz inextinguible,* que ha guiado al mundo, y guiará á las futuras generaciones por las sendas anchurosas de la verdad y del bien, y hácia otra vida más alta y perfecta.

Delante de la Cruz, ved triunfante la verdad imperecedera, la ley de *la emancipacion universal por la obediencia y por el sacrificio*; la ciencia y la caridad, que unen al cielo y la tierra;

y á todos los hombres libres, iguales, hermanos, como hijos de un mismo Padre. Ved tambien la gigantesca y perenne lucha de los siglos, contra la verdad católica, que ya habia anunciado *no traia al mundo la paz, sino la guerra*. Ved cómo esta misma lucha ha robustecido, ha dilatado, ha desenvuelto prodigiosamente las facultades de la razon humana, unida al órden sobrenatural, fecundando la muy variada y compleja vida del individuo y de los pueblos, sin que jamas se haya quebrantado *la perfecta integridad doctrinal* del Catolicismo, donde, segun la experiencia de los siglos, está la verdadera libertad del hombre y el progreso ascendente de los pueblos.

Sí, señores, de los pueblos, y éste es el último aspecto, bajo el cual los sábios políticos deben considerar la filosofía del Catolicismo, aplicada al régimen interior de aquellos.

Ascendiendo siempre la doctrina católica, despues de haber fundado el órden, la armonía, y el progreso en la vida interior del hombre, arranca de tan anchurosas y sólidas bases, para levantar y sostener el órden social.

¿Puede enseñarse por la ciencia, que el régimen y las leyes, que mantienen y ordenan las sociedades humanas, dependen originariamente de la voluntad del hombre, ó de la soberanía individual ó colectiva, que en los pueblos modernos, han formulado bajo distintos nombres, las escuelas políticas racionalistas?

Creemos que no. El órden universal lo vemos regido por leyes generales, inmutables desde su creacion. El mundo físico tiene sus leyes, y la armonía sublime, que resulta de la accion siempre igual, y perseverante de aquellas. La vida material del hombre tiene sus leyes invariables, á pesar de que las puede por su libre arbitrio, interrumpir y quebrantar. El espíritu y la inteligencia del hombre tienen sus leyes invariables, á pesar de que contra ellas se levanta el espíritu del error. La vida moral del hombre tiene sus leyes invariables, contra las que se estrellan los excesos de la voluntad. Tan varias y extensas regiones, las hemos visto regidas y armoniza-

das por el Cristianismo, en bien del hombre y de los pueblos.

Ahora bien, señores; siendo la sociabilidad una calidad inherente, inseparable, innata, perpétua en el hombre, que ántes es dentro de sí mismo la más completa y admirable asociacion; no siendo al hombre posible cumplir los altos fines de su creacion sino en el estado social; siendo la vida social la que abraza y fecunda la existencia y el progreso de la humanidad; ¿puede por nadie concebirse siquiera, que las sociedades humanas no tengan por su autor, leyes tambien invariables, para su régimen, sostenimiento y felicidad? ¿Puede enseñarse por los sábios el error de que el órden social dependa, ni de la voluntad individual, ni de las soberanías colectivas, formadas por el mayor número de voluntades?

Existen leyes invariables, reveladas, impuestas al hombre, independientes de su voluntad, para conservar y perfeccionar el órden social, y ésta es una de las enseñanzas fundamentales del Catolicismo, medio necesario de progreso para la sociedad.

Como ya hemos visto en la vida moral, hay tambien en las naciones un poder terrible, el de la voluntad, el de la libertad; el poder público es la voluntad social; y este poder ha ofuscado, no sólo al hombre, sino tambien á los depositarios de la suprema autoridad, para atribuirse aquel y éstos, como de derecho, una soberanía independiente, que no les corresponde. Su poder, hijo de su libertad, llega, por desgracia con frecuencia, á quebrantar la ley; pero no alcanza á crear otra ley contra la ley de Dios.

Como muchos individuos pervertidos, muchos reyes y muchas otras potestades han erigido su voluntad en ley, y convertido en patrimonio propio sus pueblos; pero ninguno pudo legítimamente robar al hombre ni su libertad, ni sus derechos: y casi todos aquellos fueron víctimas, por castigo superior, de terribles revoluciones, que son un medio expiatorio misterioso, providencial, y tambien un abominable trastorno del órden de Dios en la sociedad.

Muchos pueblos tambien deslumbrados y culpables proclamaron su soberanía para destruir el órden y la autoridad de potestades legítimas; pero sin consolidar nunca su anhelada soberanía, cayeron bajo el peso de más duro despotismo. Y estas expiaciones, vivas para nuestro desengaño, en el libro de la historia, son la sancion terrible de aquellas leyes sociales, permanentes é invariables.

Definidas éstas, por la doctrina católica, con precision sencilla, con patente claridad, al alcance hasta de los más imperitos, las ha revestido de formas solemnes para su respeto y alto prestigio.

Sumision libre y obediencia pide el Cristianismo para las verdades fundamentales del órden moral y social, consignadas en el Evangelio; no porque tema la luz, ni la discusion. Anunciada fué siglos há la vida y la victoria de la verdad católica por Aquel que declaró, *Portæ inferi non prevalebunt etc.* La razon y la historia prueban, que la firmeza inquebrantable de la Iglesia Católica ha salvado la civilizacion del mundo moderno. Y la misma intolerancia doctrinal, de que sus enemigos la acusan, no consintiendo jamas el error, ha sido, y es un medio providencial de mantener entre los hombres *la verdad religiosa sin variaciones*, la verdad social, siempre humanitaria, la verdad política, siempre conservadora y progresiva; y la verdad doméstica, dulce, santa y consoladora. Tales verdades, no sujetas á discusion, deben ser el fundamento de todas las discusiones; y puestas en duda, no se quebrantan, pero vacilan entónces hasta en sus cimientos las sociedades excépticas, y la misma razon humana se oscurece y conturba.

La historia y la ciencia enseñan, que desde que al mundo se reveló el Evangelio, *ninguna verdad nueva fundamental* se ha descubierto en el órden moral y social. En nuestros tiempos, los adelantamientos en las ciencias físicas y naturales sorprenden, son admirables; mas el termómetro religioso, moral y social, vá en descenso rápido y alarmante, y no se elevará,

hasta que volvamos al respetuoso culto de las verdades que debemos á la doctrina de Jesucristo.

La historia y la ciencia enseñan, que las verdades fundamentales del Cristianismo son perfectas, son completas; ni una sola accion, ni un solo deseo, ni un solo pensamiento, ha existido, ni existirá en la vida humana, que no tenga en las mismas su regla, su criterio, su modelo.

Pero fuera de las verdades *preceptivas* que el Cristianismo sienta *como bases firmísimas del órden moral y social*, abiertas fueron por aquel anchurosas puertas al ingenio humano, para que, por la discusion, por el libre exámen, por el ejercicio de todas sus facultades y de su progresiva libertad, por las aplicaciones, nuevas formas y métodos, que el hombre invente, busque, indague, sorprenda en todas las regiones de las ciencias humanas, las leyes, los secretos, las fuerzas de la naturaleza del hombre y de la sociedad, y las aplique y convierta en su más digna elevacion y felicidad.

Otro de los caractéres distintivos y peculiares del Catolicismo en el órden social, fué la idea fecunda y libertadora que imprimió sobre la frente de los pueblos, respecto á las potestades políticas.

Ántes del Evangelio, los gobiernos, segun las leyes positivas, descansaban sobre fundamentos puramente humanos, sobre el imperio de la fuerza material, que cambiaba segun las vicisitudes de los tiempos, sobre las pasajeras combinaciones de la pasion ó del interes privado. El gobierno era una propiedad patrimonial, y los pueblos eran esclavos. Los gobernadores eran soberanos, y su derecho era disponer, á su arbitrio, de las gentes sometidas á su dominacion; y como no reconocian dependencia alguna superior, gobernaban exclusivamente *para sí, por egoismo, y con la fuerza.*

Pero el Catolicismo, base firmísima para todas las sociedades, declaró la más elevada y civilizadora de las verdades políticas, *que la autoridad procede de Dios*, *que no es patrimonio personal de nadie*; *que los que gobiernan son ministros*

de Dios en la tierra, y ejercen, bajo la responsabilidad más tremenda, una autoridad agena, superior, benéfica, como la del padre sobre sus hijos, para proteger el derecho, armonizar todos los intereses, y conducir hácia el bien á sus pueblos.

Desde entónces, y sólo desde entónces, fué ilegítima, odiosa, contra la ley de Dios, toda tiranía, todo despotismo, toda arbitrariedad de las potestades constituidas; desde entónces, la obediencia fué más obligatoria, fué santa, fué más elevada y digna para los pueblos; pues sometiéndose á los Jefes de las naciones, obedecian á la voluntad del Legislador Supremo. Desde entónces, ya no hubo ni libres, ni esclavos, sino *hijos de un mismo Padre, iguales, hermanos;* y el mayor, el investido de la pública autoridad, fué el defensor de todos, *el servidor de todos*, el señalado para cumplir, en bien de todos, la voluntad del Padre. Desde entónces, los Gobernadores de los pueblos, mantenidos por el derecho emanado de sus mismas obligaciones, mandaron con autoridad superior; y no sólo con la fuerza; mandaron, no para sí, sino para sus súbditos; mandaron, no sólo sobre el hombre físico, sino sobre las almas elevadas por la obediencia; y los pueblos pasaron de la dominacion de la fuerza, al imperio del derecho; de la dura é ignominiosa condicion de esclavos á la dignidad de hijos libres, delante de los Ministros del Padre. Desde entónces se vió por primera vez proclamada en el mundo la verdad consoladora de que *los desvalidos, los menesterosos, los pobres, los perseguidos deben ser los servidos*, los elevados al primer asiento; y que deben ser ministros y servidores los grandes, los ricos, los poderosos.

Así formó y estableció el Catolicismo el poder público en las naciones. Todos los pueblos, todos los Gobiernos se consolidaron y engrandecieron por esta sorprendente, benéfica y fundamental revolucion, en la esencia y naturaleza dèl poder político. Jamas la idea del derecho y de la soberanía se ha formulado ante los hombres de un modo más sencillo, más augusto, más humanitario, más fecundo en vida

propia, en consistencia conservadora, en elevacion y movimiento progresivo. Y por eso, sin duda, muy célebres publicistas, así católicos como enemigos del Catolicismo, han enseñado unos, que las naciones deben al Catolicismo la verdadera idea del derecho y del Gobierno, y la ordenada consistencia de los pueblos; y otros, que desde que el Catolicismo elevó á Dios el principio de toda autoridad, santificando así la obediencia á las potestades legítimas, la esclavitud, el despotismo, la arbitrariedad, la anarquía, y las rebeliones revolucionarias, son atentados subversivos, de la ley de Dios, de las sociedades y de los derechos de los hombres.

Digno es tambien de la atencion de los sábios y de los pueblos meditar sobre la interior constitucion de la autoridad, en la sociedad cristiana, y sobre la distincion fundamental entre el Sacerdote y el pueblo. No porque á las sociedades civiles pueda trasladarse la organizacion de la autoridad eclesiástica, sino porque, aun admitidas sus diferencias esenciales, puede bajo otros aspectos considerarse como un modelo.

A todos está abierta en el Cristianismo la puerta del Ministerio ó Sacerdocio. No hay castas, no hay clases, no hay diferencia alguna, desde el Soberano hasta el más desvalido de los súbditos, en el órden civil; y una de las libertades, uno de los derechos que engrandecen al más pobre y humilde de los cristianos, es poder ser legítimamente, no sólo autoridad en la gerarquía eclesiástica, sino ser hasta Soberano.

Y no es tal derecho uno de esos que entre nosotros ilusoriamente se prometen, y que nunca se alcanzan. Regístrese la historia de los grandes Prelados y de los Soberanos Pontífices, y se contarán innumerables, que salieron de familias desvalidas y oscurecidas en las más inferiores condiciones civiles.

Así, por ley constitutiva de la sociedad cristiana, se busca, se elije, y se eleva al mando supremo, el más digno, el más merecedor de obtener la suprema grandeza, *de ser el primer servidor de sus semejantes.*

Así están á todos abiertas, dentro del Catolicismo, las puertas al mando supremo; pero nadie entra sin hacer constar las condiciones necesarias para *ser digno Ministro*. Y al entrar el cristiano en la region del poder católico, se consagra su persona con ceremonias augustas; queda señalado con signos distintivos permanentes, y se imprime sobre él un carácter indeleble, que si alguna vez se pierde despues del tremendo juicio, en pública y solemne degradacion, es con horror, con imprecaciones y con ceremonias lúgubres que estremecen.

Así se constituye y consagra el misterio en la Iglesia católica. Y desde el momento que el cristiano llega á ser Ministro del Señor, una dignidad perpétua, un carácter indeleble, separan para siempre al simple fiel, del Sacerdote; al cristiano, del Ministro de Dios; al súbdito, del que ejerce la potestad; al que manda, del que obedece; al pueblo cristiano, de los Sacerdotes y Pontífices.

Comparad ahora la constitucion del poder católico con las formas y medios para conferir y ejercer el mando político y civil; y aun despues de tomar en cuenta las grandes y permanentes diferencias entre ambas sociedades, no se negará que el Catolicismo ofrece á los gobiernos y á las sociedades enseñanzas sublimes en la doctrina, en la constitucion del poder, y en las obligaciones que impone á los que lo ejercen.

Bajo otro aspecto tambien se presenta á la vista de los sábios y de los hombres de Estado la autoridad de la Iglesia católica. ¡Qué division tan bien entendida en los diversos grados del poder eclesiástico! ¡Qué union tan íntima entre todos ellos! ¡Qué variedad, qué grandeza, qué magnificencia en las gerarquías de la potestad! ¡Qué complemento, qué asombrosa cúpula, la de este misterioso, antiquísimo, providencial edificio del poder católico, que nadie ha quebrantado ni podrá quebrantar! ¡Qué autoridad la del Pontífice católico, Padre universal, primer Soberano del mundo, representante de Dios en la tierra, primer servidor de todos los fieles,

centro de la verdadera libertad y civilizacion de Europa!

En la sociedad cristiana así regida, existe una distincion esencial, constitucional, entre el poder y el pueblo. Toda la autoridad, todas las dignidades, todos los honores, están en el Sacerdocio, *Ministerio para el bien*, consagrado exclusivamente al servicio y á la direccion de los fieles. Y en el pueblo, los derechos, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la obediencia.

Jamas se ha visto en ninguna otra sociedad tan firme y elevado poder, ni tan efectivos y asegurados todos los derechos que más ennoblecen la humanidad. Jamas se ha visto en el mundo, ni una Monarquía de diez y ocho siglos, sin interrupcion, siendo ademas electiva; ni una sociedad más libre, más universal, más progresiva y civilizadora.

Jamas se ha visto, ni una doctrina, ni un poder que mejor se acomode, contados los pueblos, contados los gobiernos, contadas las edades, contadas las regiones y climas, con los pueblos infantes, con los pueblos viejos, con los pueblos bárbaros, con los pueblos libres, heróicos ó corrompidos. Jamas se ha visto una forma de gobierno que se adapte mejor á los Imperios y Monarquías, á las Aristocracias y á las Repúblicas; sin repudiar ni combatir en la sociedad civil, ninguna forma de gobierno; porque en su prodigiosa organizacion interior, las comprende todas: ved sino el Papado, los Concilios, el Colegio Cardenalicio, las congregaciones de los fieles, y la unidad magnífica de la Iglesia militante Católica.

Todos los elementos que forman la vida, la conservacion, el engrandecimiento de las sociedades; la libertad, la civilizacion y felicidad de los pueblos, todo está sobrenaturalmente combinado en la Iglesia católica.

Dichosa la sociedad civil, que *sin variaciones* lleva en su seno, protege y tiene como su modelo la Iglesia Católica. De la autoridad más elevada y robusta ha nacido la libertad más permanente y completa: y tambien de la más santa y benéfica doctrina, las instituciones más protectoras del dere-

cho, más enemigas del error, más duraderas contra la instabilidad de los tiempos.

Así ha establecido el Catolicismo una de las bases (la del poder público) sobre las cuales solamente puede descansar permanentemente el muy activo y variado movimiento de las sociedades modernas. ¿Y sabeis por qué, tal prevision, tan benéfica solicitud para sentar esta piedra angular, en la obra misteriosa del engrandecimiento de los pueblos? Porque la razon y la historia enseñan que en las naciones, donde el poder público no está sólidamente establecido, universalmente acatado, y fielmente obedecido, son incompatibles, el órden, la libertad y el progreso.

Hoy más que nunca, señores, importa, que la ciencia fortalezca los fundamentos de la autoridad social, porque llevamos tres siglos, en los cuales la corriente de las ideas arrastra los pueblos hácia un trastorno radical.

Hoy que las sociedades modernas se han desarrollado tan velozmente; hoy que ya no hay distancias; que las poblaciones se trasportan casi en masa por instantes; hoy que todo es público, que todo es rápido, casi instantáneo, como el vapor, como la electricidad, casi como la luz; hoy que por asombrosos descubrimientos se ha condensado, se ha centuplicado el movimiento y las fuerzas de que el hombre dispone; hoy que tanto se han extendido y complicado los intereses y las relaciones entre los hombres; hoy que tanto se han enervado los sentimientos religiosos y morales; hoy que los vínculos interiores de las gerarquías, de las clases, de las profesiones, de las familias, de las corporaciones, han llegado á tal grado de laxitud; hoy que el individualismo independiente resiste y rompe el freno de la subordinacion, y que falsas ó exageradas doctrinas hacen de cada hombre casi un soberano, es necesario que la autoridad esté, por su firmeza, en proporcion con las complicaciones y con los vaivenes y resistencias de tan encontrados movimientos, de tan violentos impulsos, y de tan movibles, variados é inse-

guros intereses, y de tan atrevidas y apasionadas teorías.

Tanto más cuidadosa en sus enseñanzas elevadas debe ser la ciencia, cuanto que este espíritu de exagerada independencia no es un error peculiar á nuestros tiempos, es en verdad un hecho tradicional, universal; porque en el fondo de la naturaleza humana, como resíduo de la culpa, existe contra toda dependencia, contra toda autoridad, una especie de protesta interior, una predisposicion innata de oposicion permanente, que la inteligencia y la voluntad deben combatir previsoramente.

Esta ha sido la direccion salvadora, que ha seguido y seguirá siempre la ciencia del Cristianismo. En cada una de las regiones, donde hay una verdad depositada por Dios, y cuya guarda y proteccion ha sido encomendada al hombre ó á la sociedad, ha colocado y mantenido el Catolicismo una autoridad, y ha creado, digámoslo así, ó á lo ménos fortalecido, grandes impulsos de accion, tipos fecundos de autoridad, para ordenar y acelerar el constante movimiento de los hombres y de los pueblos, hácia su engrandecimiento y felicidad.

El hogar doméstico es el primer centro de la vida de la humanidad; pues allí *consagró sobre nuevas bases* el Cristianismo, la más tierna, la más fecunda, la más eficaz y la primera de las autoridades en el órden temporal, la *auto idad paterna*. La Iglesia es otro de los centros de la vida social, como lo ha sido entre todos los pueblos, y en todos los tiempos; allí elevó otra benéfica y sublime autoridad, la del *Sacerdote, ministro de Dios para el bien*. La patria es el corazon por donde pasa toda la pura sangre del cuerpo social, el centro de la vida de los sentimientos más generosos y desinteresados del hombre; pues en ese centro de fuerzas vitales, colocó el Cristianismo otra autoridad, y la rodeó de dignidad magestuosa, *la autoridad del Rey Católico*, que como el Padre de los pueblos, lleva en su persona, segun las leyes, y bajo una tremenda y eterna responsabilidad, el poder, que Dios

ha puesto en la diestra de las naciones, para su defensa y ordenado sostenimiento.

Y si ahora recorriésemos los demas centros inferiores de la vida de los pueblos, en todos encontrariamos esta ley cristiana, providencial, de colocar en cada centro de accion, una autoridad protectora; al lado de cada poder, de cada voluntad, una dependencia, una libre sumision, para fecundar y desenvolver todos los gérmenes de grandeza, que llevan en su seno la humanidad.

Aquí veis, señores, entre la vida real, efectiva del hombre actual, y de las sociedades modernas, y la doctrina del Catolicismo, dos direcciones, dos tendencias enteramente opuestas, ¿cuál de las dos es la que en el órden moral y social, sostiene y eleva? ¿Cuál de las dos, la que descompone, trastorna y humilla? ¿En cuál de las dos, está la libertad y el órden, la vida y el progreso? ¿En cuál de las dos, está el desórden, la discordia, la disolucion de los pueblos? Esta es la gran cuestion, que el nuevo académico ha propuesto y ha resuelto con la elevacion que le caracteriza.

Siguiendo sus huellas, no puedo ménos de responder, que solamente la doctrina católica puede sostener el peso inmenso (cada dia mayor) que dentro de sí mismas, llevan las sociedades modernas, y conservarlas en vigor y armonía.

Abrid el gran libro de la historia. ¿Quién lleva hace diez y ocho siglos sobre sus hombros todo el peso de la humanidad civilizada, aun en las terribles conmociones que se han experimentado, especialmente en los últimos tiempos? ¿Dónde está hoy, en dias de tan profunda agitacion, la esperanza, la luz, la civilizacion, el porvenir de los pueblos?

El Cristianismo católico es en efecto su sólido fundamento, y su legítima esperanza; pues lo que ha pasado en los diez y ocho siglos que cuenta su milagrosa aparicion, es una prueba irrecusable de lo que sucederia en las edades futuras. Ademas de que el sentimiento público y la razon universal indican hoy visiblemente por dónde se oscurece el horizonte de

los pueblos, y por dónde amenazan nuevos extravíos y sacudimientos. Todos pueden evitarse, si la ciencia sostiene la direccion que imprime el Catolicismo á toda autoridad en su legítimo ejercicio, exclusivamente consagrado al bien de los pueblos.

Tres vicios minaban la existencia de toda autoridad, ántes del Cristianismo. Era puramente humana, sin nada en ella de sobrenatural que elevase la voluntad de los pueblos. Era la dominacion del *hombre por el hombre*, hasta esclavizar la conciencia; y los dominadores de los pueblos los explotaban como una propiedad, sin reconocer límite alguno á su egoismo, en el ejercicio de su mando absoluto.

El Catolicismo produjo una benéfica trasformacion en lo que habia de ser el fundamento de las naciones, despues que conociesen la luz de la verdad evangélica. Y curó radicalmente aquellos tres vicios.

El mismo Jesucristo se constituyó orígen y principio de toda autoridad sobre la tierra. *Per me reges regnant etc.*, y elevó á la mayor altura posible la obediencia, ennobleciéndola y santificándola.

El Cristianismo, dando este orígen á toda autoridad, abatió la dominacion tiránica y opresora de las almas, emancipó la conciencia humana librándola de la esclavitud de la fuerza, y creó una autoridad nueva, interior, espiritual, para las almas, que no estuvo ni está en manos de los que dominan sobre los pueblos, depositándola con separacion é independencia en el centro de la Iglesia Católica.

Y por último, destruyendo en su raíz toda idea de propiedad y de patrimonio personal sobre el hombre y sobre los pueblos, constituyendo una separada delegacion del poder sobre las almas, obligó á sus depositarios á ser los protectores, los padres de los pueblos; creando así, por medios tan admirables y por una ciencia sublime, una nueva autoridad, que es la peculiar y distintiva del Catolicismo, divina en su principio, puramente espiritual en su competencia, separada

tambien del poder civil, conduciendo á los hombres, así á los que mandan como á los que obedecen, por los caminos de la justicia, del amor, de la abnegacion y del sacrificio.

La ciencia moral y política, reconociendo los grandes beneficios debidos á la influencia del Catolicismo, puede ademas hacer hoy un gran servicio á las sociedades modernas, combatiendo no sólo los errores indicados predominantes y que se van infiltrando en la region dé los hechos, sino tambien las indirectas influencias que frecuentemente dominan en los llamados á dar direccion á los adelantamientos científicos.

La autoridad religiosa y social, *dentro de su legítima y respectiva competencia*, no debe ser considerada en los pueblos modernos, ni como enemiga, ni como rival de los poderes políticos, los cuales, sin salir de los fines de su institucion, tampoco deben tomar una actitud de indiferencia sistemática cuando se trate de las creencias, de los sentimientos, y de la autoridad del Catolicismo, elemento esencial de la vida de los pueblos.

Porque si las sociedades cristianas, como lo demuestra la historia, se han engrandecido y elevado, y adquirido su verdadera libertad por la doctrina del Catolicismo, ¿cómo la ciencia puede aprobar que aquellas se muestren indiferentes á seguir prácticamente la doctrina de Jesucristo?

Hubo tiempos en los que esta autoridad penetró en la region de los negocios temporales, únicamente porque así lo exijia el estado de los pueblos. La sociedad religiosa fué la primera que se levantó sobre las ruinas del Imperio Romano, y sobre el profundo trastorno de las invasiones septentrionales; y fué por necesidad la que dirigió, la que protegió, la que educó y suavizó, la que dió base y asiento á las sociedades civiles, hasta llevarlas por la unidad monárquica y religiosa á su engrandecimiento. Desde este punto el movimiento de la Iglesia Católica es á concentrar su accion dentro de los límites de su mision y de su competencia. Pues su autoridad

en el órden civil ha tenido el carácter de la paternidad, cuyo poder gradualmente disminuye delante de los progresos de la edad.

Sancionada por el Evangelio la independencia de ambas potestades, dentro de su órbita legítima, cada una tiene sus medios naturales y su competencia señalada; mas no por eso la ciencia debe aspirar á mantenerlas desunidas *en recíproca indiferencia*, ménos en abierta rivalidad: porque su bien recíproco está en vivir unidas, en auxiliarse mútuamente para el bien y engrandecimiento de la humanidad.

La tendencia á sistematizar la omnímoda separacion de las sociedades modernas, de la doctrina católica, y á secularizar omnímodamente las sociedades cristianas, léjos de ser un progreso científico, es un verdadero retroceso, cuyas fatales consecuencias pueden abrir un abismo en la ciencia social y política.

La autoridad dentro del Catolicismo, divino en su principio, y espiritual en su competencia, produce directa y eficazmente el bien, y forma la vida moral de los pueblos. La autoridad social y política en el órden civil coadyuva á la vida moral, é impide que el bien sucumba bajo la opresion del mal. Y así se concilia y armoniza la accion de las dos potestades.

Un filósofo, profundo siempre en su pensamiento, ha escrito, *que el poder humano tiende á impedir el mal y lo combate, para dejar expedito el gérmen del bien, y que produzca sus efectos naturales; pero que el poder humano no alcanza por sí solo á producir directamente el bien.*

Esta gran verdad revela luminosamente la necesidad en que el poder humano se encuentra siempre, de tener, no por enemigo, ni por rival, ni por extraño, sino por auxiliar é íntimo aliado, el legítimo poder de la Iglesia Católica.

Esta es únicamente la que por su accion espontánea y directa, por su influencia interior y moral, por la virtud de su propio poder, fecunda el gérmen del bien y lo desarrolla en

frutos copiosos dentro de la conciencia humana y en toda la extension de la vida social.

Para esta manifestacion armoniosa, entre las potestades de los pueblos católicos, es siempre necesaria la independencia respectiva y su union recíproca; y así concurren ambas al progreso de los pueblos, extirpando en su raíz fuerzas poderosas, causas deplorables de retrocesos perniciosos. Y en estas ideas, que inspira la verdadera ciencia, está la sencilla y la natural explicacion de la instintiva aversion que los génios turbulentos tienen contra el principio de autoridad y contra la concordia íntima de las dos potestades.

Ambas son necesarias para el sucesivo desenvolvimiento de los pueblos: á pesar de lo que enseñan los últimos sofistas de nuestro siglo.

Dicen éstos, que las creencias son voluntarias y tienen su morada en el corazon de los hombres; pero que las sociedades, las leyes, las instituciones, y los Gobiernos, son puramente humanos, en los que mandan, en los que obedecen, en los que ejecutan y en los que constituyen; y que habiendo llegado las sociedades modernas á la independencia de su edad viril, agradecidas á la autoridad, que las educó en su infancia, no tienen ya necesidad de su direccion y se bastan á sí mismas en su vigorosa edad adulta; quedando el imperio espiritual en el secreto de las almas, y la autoridad civil diriјiendo y mandando exclusivamente en los pueblos.

Este nuevo y extraviado movimiento de la ciencia prudoniana, es contradictorio y retrógrado, porque si como los nuevos socialistas lo reconocen, y aun sin su reconocimiento, lo confirma y publica la historia, las sociedades cristianas han sido educadas y regidas desde su infancia por la autoridad moral del Catolicismo, si los elementos de su vida y de su poder se han vigorizado por la doctrina del Evangelio, si han resistido al récio embate de tantas y tan varias revoluciones apoyadas en la verdad de la ciencia y en la estabilidad de sus instituciones; si se han engrandecido y elevado

estableciendo públicamente, respetando en las leyes el espíritu é influencia legítima del órden sobrenatural, hasta llegar al desarrollo propio de la edad viril de los pueblos, ¿podrá ser cierto, que para desenvolver su progresiva vida ulterior, sea hoy necesario alejar de todas las regiones de la sociedad el espíritu y la doctrina del Catolicismo, y que las constituciones destinadas á regir los pueblos cristianos, hagan *abstraccion oficial* de las verdades católicas; que en el régimen interior de las sociedades cristianas, se afecte una completa indiferencia religiosa respecto á la legislacion del Evangelio? ¿Y que el cuerpo social, formado, mantenido y vivificado por aquella, se olvide y prescinda enteramente del espíritu de vida que animó, robusteció y que circula por todos sus miembros, y busque en edad madura su regeneracion en opuestos elementos, en máximas nuevas, que confunden el bien y el mal, y niegan hasta el órden sobrenatural, de donde ha descendido la vida de todos los pueblos?

Jamas, ninguno de los infinitos séres que abraza la creacion universal, al llegar á su complemento, repugna y se convierte contra los elementos que le dieron y conservaron la vida. Y esta ley universal, no pueden trastornarla los sofistas, apagando hoy en los pueblos la luz que los ha civilizado y dirigido por siglos y siglos.

La autoridad y el órden social descansarán siempre sobre los mismos fundamentos, sea cualquiera la edad, y la civilizacion de los pueblos. Es sobre estas materias, universal el carácter de la doctrina católica. Han variado de condiciones las formas de Gobierno, el carácter, la cultura y costumbres de las naciones. Pero han sido y serán los mismos los principios religiosos y morales de que arrancan la autoridad y el justo Gobierno de los pueblos.

Ved hoy las regiones del mundo donde florecieron poderosos imperios, de los cuales no hay ni vestigios, dominados por la fuerza desde que perdieron la luz del Evangelio. Ved otras, y muy extensas, que no han salido del

oprobio, de la barbárie, por haber rechazado aquella doctrina. Meditad sobre las vicisitudes y trastornos del continente europeo, centro del Cristianismo, y observareis que segun han prevalecido más ó ménos en el ejercicio de la autoridad las máximas católicas, han sido más ó ménos duraderos sus Gobiernos, más feliz y ordenada su existencia, más ó ménos rápidos y fecundos sus adelantamientos. Meditad imparcialmente sobre el carácter distintivo de la historia europea moderna y contemporánea, aspirando constantemente á cambiar el principio y las bases de la autoridad social y política; y observareis, que si bien se ha centuplicado la impulsion del movimiento y las tendencias hácia el progreso material, la autoridad legítima se ha quebrantado, el órden público ha sufrido perturbaciones profundas; dominaciones transitorias y violentas han hecho ilusorios los derechos, y los pueblos han quedado frecuentemente huérfanos é indefensos contra las irrupciones de la fuerza; y los sábios modernos no han encontrado, ni encontrarán, otras bases para que los Gobiernos sean estables y justos. La ciencia puede deducir luminosas verdades del estudio de nuestra historia moderna; contemplando la instabilidad azarosa y estéril de todo lo que se levanta en el órden moral y social fuera del cimiento del Catolicismo.

Tres condiciones son necesarias para establecer y sostener la autoridad política. Legitimidad en su orígen, verdad en la doctrina sobre que descansa, é inteligencia en su organizacion, acomodada al estado y carácter de los pueblos. Los poderes ilegítimos fundados sobre el error, impuestos súbitamente, y que no son la expresion de las creencias, de los sentimientos, de los hábitos y costumbres de los pueblos, son de corta vida, duros y despóticos en su ejercicio, impotentes para proteger el derecho de todos, y consumen su vida defendiéndose y fomentando por necesidad las discordias intestinas. La autoridad, fundada en las máximas católicas, es la que reune más completamente aquellas tres condiciones: y

por necesidad es la más duradera, la más justa, la más eficazmente protectora, la más suave y paternal que han conocido los imperios.

Por ser éstos los verdaderos caractéres de la autoridad católica, produce, ademas de *la estabilidad en el órden*, el constante, gradual y sucesivo desarrollo social, vivificando así *el gérmen fecundo de la verdadera libertad.*

No hay antagonismo entre estos dos elementos; la autoridad y la libertad tienen el mismo orígen: fueron creadas para el mismo fin; y es y será tan íntima su union, que así puede juzgarse de la libertad de los pueblos por el ejercicio de la autoridad, como de la autoridad por la libertad y la vida de aquellos. Sólo los sostenedores de la licencia y del despotismo, son los que para extraviar ú oprimir las sociedades, explotan en su provecho las discordias interiores que provoca aquel falso y funesto antagonismo.

Léjos de haber en la autoridad católica peligro alguno para la libertad de los pueblos, aquella ha sido, segun la historia de los siglos, su base, su primera y más firme garantía.

La ciencia y la historia enseñan que hay entre ellas, así en la region interior de la inteligencia y de la voluntad humana, como en las sociedades, una derivacion natural, una recíproca procedencia. En el órden público, es la libertad, respecto á la autoridad cristiana, lo que en el órden de la familia, es la filiacion respecto á la paternidad. Si en la familia conocemos hijos y hermanos, es porque á la cabeza de la familia está el padre. Así en la sociedad hay hombres y ciudadanos libres, porque al frente del Estado se vé la personificacion de la autoridad.

Y si dirigimos nuestra atencion hácia los primeros siglos de la Iglesia, veremos claramente, que en el mismo terreno, que en la misma sociedad, que por la misma mano, se plantaron, digámoslo así, el árbol de la libertad humana y el de la autoridad social; y que ambos se han sostenido, robustecido y desenvuelto en el mismo terreno, y por

la influencia vivificadora de la misma doctrina. Más exacta todavía es la idea comparativa, de que aquellas no son dos plantas separadas, aunque hermanas, sino que ambas brotaron y tienen una misma raíz, un mismo alimento, idéntica direccion; y que la autoridad cristiana es el anciano y robusto tronco que sostiene, de donde arranca, y que alimenta, la rama de la libertad humana y las demas que hermosean y fecundan el árbol magnífico de la vida humana.

La libertad no es sólo el movimiento; hay movimientos desordenados, y condenados por eso mismo á la más completa esterilidad. El movimiento hácia el bien, segun las leyes de estabilidad, es la libertad verdadera. La armonía del movimiento y del órden sostiene y fecunda todo lo creado; así en el mundo físico, el movimiento regido por la gravitacion; como en el reino animal, el movimiento dirigido por los instintos y por la generacion; como en el mundo intelectual el movimiento por las leyes del pensamiento; como en el mundo moral el movimiento por el régimen de la voluntad ordenada; como en las sociedades el movimiento segun las leyes, y por el impulso de la autoridad.

Sí, señores, el movimiento ordenado de las voluntades humanas, dentro del bien, siempre hácia mayor bien, es la esencia, es la verdad, es el progreso de la libertad de los hombres. Y por necesidad el pueblo más libre será aquel donde se encuentre mayor, más ordenado movimiento en el bien; aquel donde se busque y procure más activa y ordenadamente, por los que mandan, por los que obedecen, y por las constituciones, y por las leyes, que expresan y determinan las mútuas relaciones entre los soberanos y los súbditos.

La libertad de los pueblos vive y se sostiene en la region social, por esta ordenada combinacion de estas tres tendencias hácia el bien; y la eficacia del poder del Cristianismo, esencialmente libertador, no puede ponerse en duda, como fundado sobre las leyes invariables del órden moral.

Véase la historia de sus diez y ocho siglos, y á pesar de las

terribles contradicciones que ha sufrido constantemente, dentro de las naciones católicas es donde siempre se han visto los mejores súbditos, los mejores reyes y las mejores constituciones: es decir, los súbditos más obedientes, más susceptibles de ser bien gobernados, los reyes y príncipes más benéficos y paternales, y las más estables y libres constituciones, segun el estado de los pueblos; y por estos resultados (aunque con las excepciones propias de la flaqueza humana) nacidos de la combinada accion del bien, el Catolicismo ha sostenido y ensanchado en todos los pueblos, tan eficaz y progresivamente la idea luminosa, el sentimiento profundo y el ejercicio más ordenado, de la libertad verdadera.

Comparad sino la libertad social del paganismo en sus tiempos de más elevada cultura. Comparad tambien con la libertad del Cristianismo la libertad y las instituciones derivadas del racionalismo incompleto y excéptico, y os convencereis de que ni aquel ni éste llegaron ni llegarán á fundar instituciones permanentes, dentro de las cuales pueda desenvolverse y progresar la libertad humana. ¿Qué era la libertad de Aténas y de Roma en sus mejores tiempos, sino un simulacro engañoso de libertad? Sus constituciones, proclamando la libertad del ciudadano, no alcanzaban á neutralizar los gérmenes de despotismo repugnante, que llevaba, en su corazon y en su doctrina, el paganismo. ¿Qué libertad, qué instituciones ha fundado en los tiempos modernos el génio conmovedor, imperativo, improvisador y formulista del racionalismo excéptico, cuyas tendencias manifiestas, cuyos instintos ya descubiertos nos llevarian, si predominase, á reconstruir, bajo apariencias de libertad, el verdadero despotismo de los pueblos paganos; sin más compensacion que tener escritas en leyes improvisadas algunas libertades metafísicas, rodeadas en su aplicacion de muchas servidumbres administrativas, desconocidas en aquellos?

Tal es la naturaleza de la libertad política; pero la ciencia no debe buscar el gérmen primitivo, fecundo de la libertad hu-

mana en la region eminente del poder público, ni en sus formas, ni en su legal organizacion, sino en la region interior del espíritu del hombre, en las leyes de su inteligencia y de su voluntad, en los íntimos sentimientos de su corazon. El gérmen de la libertad, cuando es fecundo, y ofrece esperanza de frutos seguros, *vá de abajo arriba y de adentro para fuera;* muy efímeras y engañosas son las libertades, que parten de las constituciones escritas y descienden de la region política, como impuestas á la sociedad; tampoco son fecundas ni duraderas las que tienen su orígen en la potestad legislativa; y aspiran imperiosas y formuladas, á penetrar de afuera adentro y de arriba hácia abajo en el espíritu de los pueblos. El hombre no es un sér pura y exclusivamente racional, regido en todo por el texto de la ley escrita. En la voluntad humana no reside la soberanía legítima. Y las sociedades no son una *institucion consensual pactada a priori* y dependiente del libre albedrío del hombre; pues la sóciedad ni ha sido, ni es, ni será un contrato, ni una voluntad, ni una institucion voluntaria, sino una ley universal, una condicion necesaria, un hecho natural espontáneo, anterior, independiente de toda ley y de toda convencion.

Desde la altura, y con la imparcialidad de la ciencia, muy oportuno es hoy fijar la atencion en los peligros que amenazan, cada dia más eminentes, así á la autoridad como á los derechos de los pueblos modernos. Nuestra sociedad, tan distraida, tan olvidadiza, tan indiferente, tan apartada de las vias católicas, está cada dia más expuesta á caer, por las aberraciones de la falsa ciencia, en un abominable y duro despotismo, desconocido en la historia. Quizás un hombre solo, invocando el nombre del Estado ó de la patria, y aprovechándose del formidable mecanismo que comprime el ejercicio de las libertades civiles, puede bastar en dias terribles para erigir su voluntad en ley, comprimiendo con mano de hierro la libertad legítima de los pueblos.

Sólo la doctrina Católica por su verdad sobrenatural, por

su sencillez al alcance de todos, por su universalidad para todas las cóndiciones humanas y para todos tiempos, como regla práctica, evidente, segura para todas y cada una de las acciones del hombre, es la que ofrece satisfactoria solucion á todos los problemas de la ciencia intelectual, moral y política, y la que lleva á todas las regiones de la vida humana, el órden, y el más concertado y fecundo movimiento.

El Catolicismo ha realizado la armonía en todo el universo, y especialmente en el hombre; sometiendo su cuerpo á su voluntad; su entendimiento, á su razon; su razon al órden sobrenatural; impulsando incesantemente su corazon, hácia todo lo sublime, hácia todo lo heróico, hácia el *amor*, que mata el egoismo, que engendra la caridad, que inspira el sacrificio, que eleva á la inmortalidad.

El Catolicismo libertó, purificó y consagró la familia como símbolo, y como fundamento tambien de la sociedad, para todos los tiempos y en todas las naciones; santificó la autoridad y la obediencia, condenando para siempre la tiranía y las revoluciones, fecundó el espíritu de todas las asociaciones humanas, armonizándolas con el íntimo sentimiento, con el consuelo inefable de otra vida perfecta, dichosa, y sobrenatural.
